



Grupo Editorial
Portal

EL MAGNATE

RENDIDO POR

La virgen

DENILIA CARNEIRO

DENILIA CARNEIRO

EL MAGNATE
RENDIDO POR
la virgen

Grupo Editorial
 **Portal**

Copyright © 2024 Editora Portal

Portada

Dennis Romoaldo

Diagramación

Mylene Ferreira

Consulte

Sonia Carvalho

Copydesk

Patty Trigo

Libro digital

1ª edición

Denilia Carneiro

Todos los derechos reservados.

Queda prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra en cualquier forma - tangible o intangible, incluida la fotocopia- sin autorización escrita del autor.

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena.

Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Resumen

DOMINIC

UNO

SARAH

DOS

DOMINC

TRES

SARAH

CUATRO

DOMINIC

CINCO

SARAH

SEIS

DOMINIC

SIETE

SARAH

OCHO

SARAH

NUEVE

DOMINC

DIEZ

SARAH

NUEVE

DOMINIC

DOCE

SARAH

TRES

DOMINIC

CATORCE

SARAH

QUINCE

DOMINIC

TENS

SARAH

DIEZ

DOMINIC

DIECIOCHO

SARAH

DIECINUEVE

DOMINIC

VEINTE

SARAH

VEINTIUNO

DOMINIC

VEINTE Y DOS

SARAH

VIGÉSIMO TERCERO

Dominic

SARAH

LEER TAMBIÉN:

Social Network (dall'editore)

Sinopsis

Nacido en cuna de oro, Dominic Davis es el Director General de la cadena hotelera Davis, con la que mantiene importantes asociaciones en el mercado mundial. Pero no se imaginaba que una de esas asociaciones podría cambiarle la vida.

Para tener el control total de la empresa, su padre propuso a Dominic que se casara con una mujer de su elección.

Sarah Anderson era hija del propietario de Anderson's Hotels. Antes de asumir las responsabilidades del negocio familiar, quería cumplir su sueño de ver mundo en un año. Pero su vida estaba a punto de cambiar: debía casarse con un pretendiente también elegido por su padre. Indignada por la noticia, Sarah entrega su virginidad a un desconocido en una fiesta, y poco podía imaginar que ese hombre misterioso y arrogante sería su futuro prometido.

En un matrimonio arreglado en el que vivían de fachada, la pareja acabó cediendo y haciéndose daño. Sin embargo, sólo el tiempo dirá si triunfará el amor.



DOMINIC

N Esa noche sólo quería desaparecer para siempre. De hecho, no quería ser el hijo de mis padres. No quería tener que responsabilizarme de mantener a más de mil empleados, incluida mi familia.

¿Cómo puedo no tener el control de mi vida a los 31 años?

Había bebido más de lo debido en aquella fiesta de inauguración de otro de los hoteles de nuestra cadena y ahora disfrutaba de aquella mujer chupándomela.

Me agarré con fuerza a su pelo castaño y sonreí mientras las ganas de correrme me abrumaban.

No sabía su nombre, pero recuerdo que me la encontré a la salida del hotel quejándose para sus adentros de que necesitaba olvidarse de la vida con buen sexo.

El sexo era algo que me encantaba hacer, y ayudarla no sería difícil.

— ¡Qué boquita tan maravillosa! — Le tiré del pelo con más fuerza mientras mi cuerpo se estremecía, expulsando semen en su boca. — Buena chica. Ahora ven aquí.

No necesité tiempo para recomponerme. La atraje hacia mi cuerpo y besé sus labios, probando mi sabor. Giré nuestros cuerpos, separando sus piernas con las mías y antes de penetrarla, la miré a los ojos. Parecía asustada o temerosa, pero lo ignoré, sólo quería enterrarme en ella. Sólo quería regodearme en su cuerpo y olvidar la voz de mi padre con aquella absurda petición.

Deslicé mi polla hasta su coño y me moví para penetrarla. Estaba tan apretada que me costó meterla hasta el fondo, aunque estaba mojada.

— ¡Jodidamente caliente!

Eso sólo me puso más cachondo.

Cuando por fin entré en ella, cerré los ojos y me entregué a ese deseo. Oíla gritar y gemir era la melodía perfecta para aquella horrible noche.

Nuestros cuerpos encajan a la perfección.

La besé ferozmente, nuestras lenguas en una danza sensual y rítmica. Cada movimiento que hacía, la deseaba más.

Puede que estuviera bajo los efectos de la bebida, puede que no supiera su nombre, porque las presentaciones no eran necesarias cuando el deseo de nuestros cuerpos hablaba más alto, pero si algún día volvía a tener a esa mujer en mi cama, sin duda sería un hombre afortunado.



UNO

SARAH

PNo me importaba perder la virginidad con un desconocido. Siempre me guardé para entregarme cuando sintiera que amaba a esa persona, pero, debido a mi concentración en los estudios, nunca quise tener novio. Sin embargo, la vida avanza más rápido de lo que nos imaginamos, y cuando descubrí que tendría que casarme con un desconocido, mis planes tuvieron que cambiar. Y tener relaciones sexuales aquella noche fue la elección que tomé, para no tener que casarme virgen o tener relaciones sexuales con una sola persona toda mi vida.

Si elegían un prometido para mí, yo podía elegir hacer lo que quisiera como mujer soltera.

¡Y al diablo con la vida!

Metí algo de ropa en la maleta. Mi portátil y mi lector de libros. Miré a Lady tumbada en mi cama, observando mis movimientos.

Aunque llevaba dos años conmigo y nunca nos habíamos separado, esa noche tendría que irme sin mi perra.

Mi caniche blanca levantó las orejas y se sentó en la cama, echándose a llorar. Parecía entender lo que pensaba hacer.

— Prometo recogerte mañana, mi amor. — Alargué la mano para acariciarla, pero ella se echó hacia atrás y se tumbó en la cama. — No te enfades conmigo, Lady. Ya te he dicho por qué lo hago.

Otro ladrido.

Mi perrita empezó a ladrar mientras saltaba sobre mis piernas. Verla hacer eso me rompió el corazón.

— ¿Sarah? — sonó la voz de mi madre. Corrí a subir la cremallera de mi maleta y bajarla de la cama antes de que me viera, pero fue en vano.

— ¿Qué?

Lady no paraba y empezó a saltar entre mi madre y yo, hasta que volvió a la cama y se tumbó encima de mi maleta, empezando a llorar. Mi madre se acercó y vio lo que estaba haciendo.

— ¿Adónde vas a estas horas?

Cerré los ojos y, respirando hondo, me giré para mirarla.

— Me voy de esta casa.

— ¡Hija!

No voy a casarme con alguien que ni siquiera conozco. Papá no puede hacerme eso.

Mamá se sentó junto a mi maleta. En el fondo sabía que ella también estaba en contra de la imposición de mi padre, pero era el tipo de esposa que secundaba todo lo que decía su marido.

— Hija...

— ¡No, mamá! Conoces mi sueño. Quiero ver mundo antes de casarme. Además, sólo tengo veintidós años, aún soy demasiado joven para ese tipo de compromiso.

Me limpié las lágrimas que corrían por mi cara. Hacía tres días que me había enterado de la maldita noticia. Mi padre ni siquiera tuvo la decencia de hablar conmigo en casa, se limitó a comentar la boda con el padre del novio, como si fuéramos mercancía.

— Hija... Tu padre le debe un favor al Sr. Donald, fue él quien le ayudó cuando estábamos al borde de la quiebra. Ahora las dos empresas se necesitan mutuamente para mantenerse fuertes en el mercado.

— Háganse socios. Hay muchas maneras de resolver esto.

Reinó el silencio y observé a mi madre mirándose las manos. Algo iba mal.

— Dile la verdad, Scarlet.

Mi padre apareció en mi habitación, con Lana a su lado. Tenía la cara roja, como si hubiera estado llorando. Ver así a mi hermana de diez años me rompió el corazón. Lana volvió a gemir, y la miré brevemente solo para verla recostar la cabeza sobre sus patas.

— Larry...

— ¿Qué está pasando?

— Siento tener que entrometerme en tu futuro amoroso, Sarah. El 50% de nuestro negocio pertenece a la red Davis.

— ¿Qué quieres decir, papá?

— Fue un trato que hice con Donald para conseguir su apoyo cuando estábamos a punto de quebrar. No quería que mi familia perdiera la buena vida que siempre me he empeñado en mantener. Tú, tu madre y tu hermana sois lo más importante de mi vida. — Mi cachorro gimoteó. — Tú también, Lady.

Me volví hacia ella y le hice un gesto para que se callara. No era un buen momento para llamar la atención.

— Yo no podré seguir dirigiendo la empresa, así que Davis se encargará de la de Anderson.

— No lo entiendo, papá. — Fruncí el ceño. — ¿Nuestra empresa va a quebrar otra vez?

Sabía muy poco de la empresa Davis, pero no supe quién era el propietario hasta el día de la fiesta. Un hombre encantador de pelo canoso, alegre y comunicativo.

— ¡No! Estoy enfermo, hija mía.

Esas palabras hicieron que mi corazón dejara de latir durante unos segundos.

— ¿Qué tienes? — Mi pregunta ya estaba llena de angustia.

—¿*Qué quieres decir con enfermo?*

— Primero quiero que conozcas los detalles ya que no hemos podido hablar bien. Dentro de una semana tendremos la cena de compromiso y luego la boda.

—¿Cómo?

Dividida entre las ganas de luchar y las ganas de llorar porque sabía que mi padre estaba enfermo, di un paso adelante.

— Necesito que te cases con el hijo de Donald. No sé cuánto podré durar.

Matrimonio. El hijo de Donald Davis. Nada de eso importaba ya, porque la última frase de mi padre fue como ser apuñalado por la espalda, directo al corazón.

Ni siquiera tuve tiempo de retroceder y apoyarme en la cama, simplemente sentí que mis piernas se quedaban sin fuerzas y una oscuridad me envolvía.



DOS

DOMINC

E Esperé que mi secretaria completara el trayecto hasta mi mesa con mi tableta en la mano y algunos sobres.

Sr. Davis...

— Cancela mi agenda de hoy.

— Pero... — Kate se acercó un poco más y me tendió los papeles. — Estos contratos necesitan tu firma.

— Hoy no haré nada. — Me recosté en la silla, tomando una bocanada de aire.

— Tu padre ha pedido que estos documentos se envíen hoy a la empresa que ha reservado uno de nuestros complejos para un gran evento.

— Te dije que cancelaras mi cita de hoy. La mujer se me quedó mirando.

Era la cuarta secretaria del año, las demás simplemente dimitieron tras menos de treinta días en el puesto. Kate ya llevaba dos meses conmigo, así que tampoco pensé que se quedaría.

Con la rabia aún consumiéndome, me levanté de la silla y salí de la habitación, dejando sola a mi secretaria.

—¡Casarme! — Sonriendo desenfrenadamente, salí de la empresa y me dirigí al aparcamiento. Antes incluso de abrir la puerta del coche para entrar, sonó mi teléfono y cuando vi el nombre de mi padre, decidí ignorarlo de la misma manera que venía haciendo desde que me llegó la noticia de la boda. Llevaba unos días sin ir a la oficina y cuando por fin me decidí a volver al trabajo, la maldita noticia me rondaba por la cabeza.

Subí al coche, tiré el teléfono en el asiento del copiloto y me alejé de aquel edificio comercial.

El sexo sería ideal en ese momento, pero primero necesitaba un poco de adrenalina, y sólo entonces sería capaz de calmarme. Conduje hasta un carril seguro que no estuviera tan transitado de coches y pisé con fuerza el acelerador. Una pequeña sonrisa se dibujó en mis labios cuando vi que la cifra del salpicadero aumentaba. Era fácil alcanzar los 180 km/h.

El escalofrío en el estómago por la adrenalina calmó mi ira. Seguí la pista y, cuando vi que se acercaba otro pueblo, aminoré la marcha.

El gran cartel con el nombre de Anderson's estalló ante mis ojos. Aunque aún era de día, se podía ver la fachada iluminada. En aquel pueblo había dos hoteles propiedad de aquella empresa, que le reportaban buenos beneficios.

Mi móvil volvió a sonar, pero ni siquiera me molesté en mirarlo. Conduje despacio hasta el aparcamiento del hotel y entré. Después de una carga de adrenalina, lo único que necesitaba

era una ducha caliente y una cama. Quizá mientras tanto encontraría a alguien que prestara especial atención a mi compañero de pantalones.

Cuando me acerqué al mostrador, vi a una hermosa mujer caminando junto a uno de los empleados. Demasiado guapa. El lacio cabello castaño de su espalda, que se mecía a cada paso que daba, me hizo imaginar mil maneras de abrazarla con fuerza mientras me la chupaba.

— ¡Señor! Aquí tiene su documento y su tarjeta de habitación. — Desvié mi atención de la mujer, que se alejó, y volví a concentrarme en el empleado.

— Está en el tejado, ¿verdad?

— Así es.

— Gracias.

Recogí mis pertenencias y salí del vestíbulo del hotel en dirección al ascensor. La hermosa mujer que habían visto mis ojos ya no estaba. Solo en aquella caja metálica, cogí el móvil para comprobar las notificaciones. Las dos llamadas que había hecho mi padre eran demasiado pocas para el número de mensajes que había recibido. Podría haber contestado, pero en lugar de eso me callé. El asunto tendría que resolverse en persona.

Las siguientes horas las pasé durmiendo en mi habitación. A las dos de la tarde, decidí que era hora de volver a casa. Cuando volví a recepción para hacer el check out, volví a ver a la mujer.

— ¿Se quedará aquí?

— No podemos pasar ese tipo de información, señor. Si no hay nada más que pueda hacer por usted, le deseo un agradable regreso y espero que vuelva a menudo.

Quería hacer valer mi posición y mi derecho al cincuenta por ciento de toda esa red, pero prefería evitar confusiones.

Posiblemente no sabía quién era yo, así que le di las gracias y salí del local. Cuando subí al coche, envié un mensaje a mi padre, diciéndole que iría pronto para hablar con él. Necesitaba quitarle de la cabeza la idea de que tenía que casarme.

El viaje de vuelta me llevó más tiempo, porque esta vez viajaba a la velocidad permitida. Cuando llegué a la empresa y pasé por delante de la mesa de mi secretaria, ella se levantó rápidamente. Me detuve y la miré con el rostro cerrado.

Puede que no fuera un jefe maravilloso, pero si el empleado mostraba interés por el trabajo, me aseguraba de recompensarle de alguna manera.

— Ya puedes irte a casa. Sólo vine a hablar con mi padre.

— Los documentos. — Podía sentir el miedo en su voz.

— Dámelos. — Le tendí la mano. — Ya puedes irte, mañana volveremos al programa normal.

Kate asintió y yo me di la vuelta, dirigiéndome al salón de mi padre. Cuando entré, ignoré la mirada mortal que me dirigió.

Acerqué la silla frente a su escritorio y me senté. Donald se quedó mirándome. Saqué los

papeles del sobre y los firmé con la pluma de mi padre.

— Aquí están.

Los empujé hacia él.

— ¿La compañía está siendo dirigida por un niño y yo no lo sé? Estos documentos deberían haber estado en mi mano desde el principio y mira la hora en que los firmaste, Dominic...

— Lo importante es que esté firmado.

— ¿Lo has leído siquiera?

— ¿No acabas de necesitar mi firma? Ahí la tienes.

Donald se reclinó en su silla y me miró fijamente. Permanecimos en aquel enfrentamiento silencioso durante largos minutos.

— Tienes treinta y uno, Dominic. Deja de actuar como un mocoso mimado.

— Tengo treinta y un años y ni siquiera puedo hacer lo que quiero con mi vida.

La ira empezó a invadir mi cuerpo y, aunque intenté mantener la calma, no pude contener el sentimiento.

— Tal vez esa sea una de las razones por las que te casas.

— ¡No voy a hacerlo! — No pude contener el grito.

— Lo harás. Tu prometida es la hija de Larry Anderson.

— ¿QUÉ? ¿Te has vuelto loco, papá? Sus hijas son niñas.

— Sarah Anderson, es mayor de edad. El almuerzo de compromiso tendrá lugar mañana y la boda dentro de una semana.

Me levanté de la silla como si tuviera espinas.

— Ahora estoy seguro de que no estás bien de la cabeza. ¿Mañana? La sonrisa de mi cara era una mezcla de desesperación y rabia.

— Si no hubiera estado de baja unos días y no hubiera ignorado mis llamadas, me habría enterado desde el principio de la semana.

— No sé por qué has tomado esta decisión, pero espero que la canceles. No me voy a casar, y punto.

No esperé más su respuesta, mientras el nerviosismo me invadía, me alejé del lado de mi padre y me dirigí a mi despacho.



TRES

SARAH

Quando me paré frente a la mansión de dos plantas donde vivía la familia Davis, me pregunté internamente si estaría loca. Las ganas de huir seguían abrumándome, pero al mirar a mi padre que mantenía a mi madre y a mi hermana a distancia, aún con la mirada temerosa, me falló el valor. No podía abandonarlas, y mucho menos arriesgarme a que no tuvieran una buena vida, como yo siempre había tenido desde que nací.

Mi padre siempre se dejaba la sangre en el trabajo y nos ofrecía lo mejor, yo no podía ser egoísta y salir al mundo a disfrutar de mi vida y olvidarme de mis obligaciones.

Mi elección de estudiar administración de empresas fue en realidad para poder ayudar algún día a mi padre, pero antes habíamos llegado al acuerdo de que vería mundo el año que me licenciara. Estaba en el último curso, en unos meses acabaría la carrera y todos mis planes se habían esfumado cuando me obligaron a casarme con un desconocido.

Respiré hondo, pero conteniéndolo para no preocupar aún más a mi madre, y esboqué la sonrisa que había estado practicando en el espejo el día anterior.

Ese matrimonio fue por el bien de mi familia.

Nos dirigimos a la puerta de la casa y pronto nos recibió una hermosa mujer vestida de uniforme. Nos acompañó al salón, donde nos recibieron el hombre canoso que había conocido en la fiesta del otro día y una mujer rubia. Parecía un poco más joven que él, pero hacían buena pareja. Fue entonces cuando me di cuenta de que su hijo debía de ser mucho mayor que yo.

—¡Anderson! — Extendió su mano y mi padre hizo lo mismo.

—¡Davis!

Ese hombre era mi futuro suegro. Cuando apartó la mirada de mí, la sonrisa de su rostro se hizo aún más amplia.

— Es un placer tenerla aquí, señorita. — El hombre me cogió la mano y me besó el dorso.

Yo diría que era un galán. Esperaba que al menos su hijo fuera así.

— No dijiste que era tan preciosa, cariño.

La mujer le cogió del brazo y se acercó un poco más a mí. Yo también esperaba un saludo, pero me sorprendió un abrazo.

— Ah, cariño, será tan agradable tenerte en nuestra familia. Estoy segura de que a Dominic le encantará conocerte. — Se apartó y siguió mirándome con una sonrisa en la cara. — Sus hijos van a ser lo más hermoso, ¿verdad, cariño?

— ¿Niños? Abrí los ojos asustada.

Todavía estaba digiriendo la idea de casarme con un desconocido a los veintidós años, ¿y ellos ya estaban pensando en tener hijos?

— Vas a asustar así a nuestra nuera, cariño.

— Lo siento, cariño.

Las presentaciones continuaron y pronto estuvimos todos reunidos en el salón charlando mientras esperaba a que llegara mi prometido. Durante los largos minutos que siguieron, noté que mi suegro estaba estresado y miraba el móvil cada dos por tres. Cuando se levantó para ir al mostrador de bebidas que había en un lado del salón, aproveché para hacer lo mismo.

— Siento entrometerme, pero ¿estás bien?

— Sí, querida. Soy yo quien tiene que pedirte disculpas por hacerte esperar tanto para cenar.

— No hay problema, imagino que el hijo del caballero debe estar muy ocupado. Dirigir una cadena hotelera como Davis no debe ser un trabajo fácil.

Me dedicó una débil sonrisa.

— Gracias por entenderlo, Sarah.

— Podemos dejar esa cena para otro día.

— De ninguna manera voy a dejar que te vayas con el estómago vacío.

De su respuesta deduje que su hijo no se presentaría en casa.

— No pasa nada.

— ¡No! Quiero que cenemos en familia — Sirvió un poco de bebida ámbar en su vaso y tapó la botella. — ¿Le sirvo una copa?

— ¿Es bourbon lo que estás bebiendo?

El hombre me miró con admiración.

— ¿Sabes algo sobre la bebida?

— Un poco. Me gusta disfrutarla con moderación.

— Pruébalo. Este es un whisky de 21 años. Tengo otro en la oficina que tiene 25, seguro que te gustará.

Tomé el vaso que me ofrecía y di un pequeño sorbo a la bebida, sólo para disfrutar de su sabor.

— ¡Perfecto!

El Sr. Davis le sirvió un poco y nos sentamos a hablar de las bebidas. Me dijo en qué año se embotelló cada una y yo le dije las que ya había probado.

Volvimos a donde estaba nuestra familia y, tras unos minutos más de charla, se sirvió la cena. Por un lado, agradecí que mi prometido no hubiera aparecido, así que la cena fue relajada. Mis padres estaban preocupados por mi comportamiento, pero la pareja Davis me hizo sentir como en casa. Por un momento, olvidé que mi vida cambiaría en una semana.



CUATRO

DOMINIC

L Me sobresalté cuando mi padre abrió la puerta de mi despacho.
— ¿Me estás tomando el pelo, Dominic? — la voz airada de mi padre resonó en la habitación.

Sabía exactamente por qué estaba tan enfadado. Me perdí la cena de compromiso del sábado.

— ¡Buenos días, papá!

— ¿Cuándo aprenderás a asumir responsabilidades? Te das cuenta de la vergüenza que pasé en la cena de compromiso sin que estuviera el novio?

— Reservaste porque así lo quisite, yo te dije que no iba.

— Lo siento por Sarah, que tendrá que vivir contigo.

Ya he dicho que no voy a casarme así. Intenté mantener el control, porque no me gustaba discutir con mi padre.

— ¿No vas a ir? — su calma asustaba más que su arrebato de ira.

— ¡No! — Me mantuve firme.

— De acuerdo. — Dio un paso atrás y salió de la habitación.

Debo confesar que esta actitud me asustó, ya que esperaba más bien una amenaza por su parte. Por un lado, respiré aliviada; ya no tenía que lidiar con un matrimonio concertado.

La mañana pasó rápidamente y, justo cuando me preparaba para comer, Kate entró corriendo en mi despacho, acompañada de dos guardias de seguridad.

— ¿Qué está pasando?

Mi padre llegó justo detrás, con una mujer a su lado.

Se parecía a alguien que había visto antes. Fruncí el ceño mientras intentaba recordar. La mujer parecía demasiado interesada en la tableta que tenía en la mano.

¡Claro que sí! La mujer que vi en el Hotel Anderson el día que me quedé unas horas.

Pero... ¿qué hacía al lado de mi padre?

Puedes llevártelo todo de esta habitación. La orden de mi padre me hizo abrir mucho los ojos y, al mismo tiempo, la mujer que estaba a su lado levantó la cabeza para mirarme.

No pude observarla demasiado porque estaba concentrado en mi padre.

— ¿Qué estás haciendo?

— Esta es la señorita Sarah Anderson, será la nueva directora general de Davis.

¿Sarah Anderson?

Aparté la mirada de mi padre y me centré en aquella hermosa mujer que estaba a su lado. Su rostro mostraba que estaba asustada, pero permaneció en silencio. Parpadeé varias veces, intentando recobrar el sentido. Miré a los guardias de seguridad, que empezaban a meter algunas pertenencias en una caja de cartón.

— ¡Deja de registrar mis cosas! — Pedí

— Continúa. Quiero esta habitación limpia en unos minutos.

— ¡ALTO! — ordené de nuevo. Esto tiene que ser una broma. — Sonreí, sin querer creer lo que allí estaba sucediendo.

— ¡No, Dominic!

Vi cómo la mujer susurraba algo que no pude oír y, con la cara aún asustada, salió prácticamente corriendo de allí.

— Si quieres tu trabajo, cástate con la mujer que acaba de salir de aquí.

— No puedes exigirme eso.

— Tienes razón, realmente no puedo. Apartó la mirada de mí. — Sigue ordenando y pon las cosas en la habitación de la dirección del hotel.

— ¿Desde cuándo tienes esta habitación?

— Desde hoy, cuando decidí que sería tu nuevo puesto.

Salió de la habitación, dejándome allí con aquellas personas registrando mis pertenencias. Entre ir a por mi padre o echar a los guardias de seguridad de mi habitación, elegí la segunda opción, cogiendo la caja de sus manos.

— ¡Fuera!

— No podemos. Sr. Davis...

— ¡FUERA! — Dejé salir toda mi rabia en ese grito, asustando incluso a mi secretaria.

Cuando los hombres se fueron, volví a colocar todos los objetos que se habían llevado del lugar. Me encantaba trabajar allí, nací para dirigir Davis junto a mi padre, él no podía actuar así.

Sentía que la cabeza me iba a estallar. No iba a renunciar a mi trabajo. Si mi mujer iba a ser la que estaba a su lado hacía minutos, entonces haría el sacrificio de casarme. Si él quería un matrimonio de apariencias, entonces eso es lo que yo le daría.



CINCO

SARAH

No sabía qué me asustaba más. Si oír que iba a ser el nuevo director general de Davis, o ver a ese hombre frente a mí. Pensé que nunca lo volvería a ver.

Había sido el responsable de quitarme la virginidad en una noche atípica. Aunque había bebido demasiado, era consciente de todo lo que había hecho. En cierto modo, agradecí al alcohol que había bebido el haber sido un poco atrevida.

Llegué a mi coche en el aparcamiento y entré en él, todavía jadeando.

¿Cómo puede ser el mundo tan pequeño?

Había venido a Davis invitado por mi suegro. Me dijo que, puesto que nuestras empresas iban a fusionarse, debía conocer mejor la suya.

¡Dios mío! No me di cuenta de que encontraría al hombre al que me había entregado cuando supe que me casaba.

Salí corriendo de aquella empresa con la excusa de hacer una llamada telefónica, pero ¿cómo iba a volver allí sabiendo que correría el riesgo de encontrarme con aquel hombre? Y era el director general de Davis.

¿Se acordaba de mí?

Saqué el móvil del bolso y envié un mensaje a Donald, que tenía que irse. Me inventé una mentira sobre la universidad y la respuesta llegó enseguida.

Donald Davis: Siento lo ocurrido, cariño, pero necesitaba asustar un poco a mi hijo.

¿Hijo?

¡Por el amor de Dios!

Justo cuando pensaba que las cosas mejorarían, empeoraban.

¿Así que me acosté con mi prometido?

¿Y la idea de tener sexo con alguien que no fuera mi futuro marido se fue por el desagüe, entonces?

¿Qué cara le iba a poner después de haberme oído quejarme y pedir sexo esa noche?

Apoyé la cara en mis manos, que agarraban firmemente el volante. Por el bien de mi familia, no podía eludir aquella responsabilidad.

Soraya, la única amiga que tenía, me dijo cuando le conté que me casaba dentro de unos días que estaba loca por haber aceptado tan fácilmente lo que mi padre me había impuesto. No se había dado cuenta de que mi prometido y el hombre con el que perdí la virginidad eran la misma persona.

Con la respiración más calmada, me obligué a olvidar lo ocurrido en la fiesta de inauguración de uno de los hoteles de Davis y conduje hasta casa. Intentaría evitar encontrarme con aquel hombre hasta el día de mi boda.

En los días que pasaron, me dediqué exclusivamente a mis estudios. El señor Donald me envió algunos mensajes, preguntándome cómo estaba e invitándome a ir de nuevo a su despacho, pero con la excusa de que se acercaba la boda y tenía que concentrarme en mis estudios, decliné la invitación.

Tengo que confesar que una o dos veces busqué en Internet fotos de Dominic Davis. No recordaba lo guapo que era ese hombre hasta que analizaba cada foto. Lady se tumbó a mi lado y se quedó mirando la pantalla de mi portátil.

Ese es el hombre con el que me caso hoy, Lady.

Cerré rápidamente la pantalla antes de volverme loca. Hacía unos días estaba flipando porque me había enterado de que me iba a casar y ¿ahora admiraba al hombre?

¡Me estaba volviendo loca!

Debería haber estado en la peluquería, preparándome para el día tan esperado, pero después de la experiencia de la cena de compromiso, que no tuvo lugar, no esperaba gran cosa.

— ¿Sigues en pijama, Sarah? — Lana irrumpió en mi habitación sin llamar a la puerta.

— Todavía es pronto.

— ¡Ya son las once de la mañana!

— Y la boda es a las ocho de la tarde. — Aparté el ordenador y me di la vuelta, tumbándome boca abajo. Espero que te cases con alguien a quien ames.

— No le quieres, ¿verdad?

— No — me enjuagué rápidamente la lágrima que me corría por el ojo, para que mi hermana no la viera. Pero lo importante es que papá podrá cuidar de sí mismo, sin preocuparse de la compañía.

Me entristece la noticia de la enfermedad de papá.

Lo sé, amor. Él va a estar bien.

Podría haber otra forma de que él se cuidara, sin que tú tuvieras que casarte con alguien que no conoces.

Ya le conocía, así que no es un completo desconocido. Le guiñé un ojo, no quería que mi hermana se preocupara por mí. Llevemos a Lady a la tienda de animales, tiene que estar guapa para entrar conmigo.

Estoy deseando verla de novia. Mi hermana sonrió emocionada y yo cogí a mi cachorrita y la abracé.

La escena me llenó el corazón de amor. Ver a Lana feliz fue una de las razones por las que tuve que renunciar a mi sueño.

Me guardé mis pensamientos, miedos y ansiedades y salí con mi hermana para llevar a Lady a arreglarse. Nuestra madre nos esperaba en el salón y yo no podía ir corriendo a la peluquería.

— Siento hacerte pasar por esto, Sarah.

— He aceptado mi destino. Sólo espero que el novio no me deje esperando en el altar. bromeé para disipar el nerviosismo que se apoderaba de mí.

— No lo hará. — respondió convencida, pero no me interesó preguntarle cómo podía estar tan segura.

La dejé concentrada en el coche y salí a disfrutar de las vistas de la ciudad en mi último día de soltera. Mi móvil vibró con un mensaje de Soraya.

Sory: Todavía hay tiempo para escapar.

Me reí del mensaje de mi amigo.

Yo: Voy a ir a la peluquería, y tú deberías hacer lo mismo, después de todo, vas a ser mi padrino.

Sory: Mándame la dirección y nos vemos en media hora.

Yo: Cuando llegue, te enviaré la ubicación.

Miré nuestro intercambio de mensajes y recordé que aún no le había hablado de Dominic Davis. Ese no era un tema para tratar en mensajes, cuando estuviéramos solos en el salón, le contaría la coincidencia que había ocurrido en mi vida.



SEIS

DOMINIC

E Poner una sonrisa en mi cara cuando nada me complacía era fácil, después de todo fueron necesarios más de diez años de trabajo junto a mi padre para aprender a gestionar nuestra empresa. Siempre tratábamos con gente falsa, interesada y envidiosa, así que aprender a fingir que todo iba bien fue fácil.

Esa noche no fue diferente. El traje que llevaba era diferente de los habituales con los que trabajaba. La corbata blanca hacía juego con el traje de otra persona.

Era mi boda.

Mi prometida era nueve años más joven que yo.

Sonreí libertinamente al recordar aquel dato.

Me he liado con tantas mujeres que me casaría con una de sólo 22 años.

Bueno, al menos no tuve que ocuparme de los detalles de la ceremonia y la fiesta, que mis padres insistieron en dar.

Llevaba diez minutos en el altar y la novia no había entrado.

Ya debería estar aquí. Me quejé a mi padre, pero se limitó a mirarme con desaprobación.

Mi mirada se desvió hacia la pareja de la esquina derecha, los padrinos de la novia. La mujer me miraba con cara de poca simpatía, el hombre parecía ajeno a lo que estaba pasando. No miré a los padrinos, pues no tenía ningún interés en saber lo que pensaban.

¡Joder!

No debería haber aceptado ese matrimonio de mierda.

Empezó a sonar una canción diferente a la que había entrado y, cuando vi que los pocos invitados se levantaban, me di cuenta de que era la hora de la novia.

Un cachorro blanco invadió la alfombra roja, causando revuelo entre la mayoría de los invitados. Asombrada por lo que veía, volví a mirar a mi padre y él se limitó a sonreír.

¿Qué coño ha sido eso? ¿Un perro en mi boda?

El animal se dirigió conductualmente hacia la parte delantera del altar y se detuvo frente a mí.

¿Qué es este animal? — pregunté con curiosidad.

Es el cachorro de Sarah.

Mis ojos se abrieron de par en par al oír esa información. De ninguna manera iba a

llevarme una bola de pelo a mi piso. Intenté espantar al perro cuando la madrina de la novia se acercó y cogió al animal blanco.

Justo después del desfile de bolas de pelo, entró una preciosa niña y se dirigió hacia mí, mientras tiraba algo al suelo. Se parecía a la mujer que había estado en la puerta de mi salón junto a mi padre. Entonces la atención se centró en la hermosa mujer que caminaba vestida de novia junto a sus padres.

Mantenerme alejado de ella será un gran reto, pero no quiero que espere que tengamos una boda de verdad. Nuestros sentimientos no parecían importar a nuestros padres.

Estaba tan inmerso en la belleza de aquella mujer que lo siguiente que supe es que estaba delante de mí. Bajé el escalón para recibirla de manos de sus padres.

Cuida bien de nuestra pequeña. — susurró mamá, y no pude evitar notar que la mirada de sus ojos era una mezcla de tristeza y emoción.

No sabía qué decirle a aquella mujer, así que me limité a sonreír y asentir, mientras cogía la suave mano de Sarah Anderson.

El olor de su perfume me noqueó de tal manera que mi corazón se aceleró. Pero pronto me recompuse y la voz del celebrante irrumpió mientras tomábamos asiento.

No presté atención a nada de lo que dijo el hombre, sólo pensaba en cuándo iba a acabar todo aquello. Recordar que aún nos quedaba la fiesta me puso nerviosa. Me desperté cuando se formuló la pregunta de si estábamos allí por voluntad propia y pude sonreír sinceramente por primera vez aquella noche.

Estaba a punto de soltar un chiste cuando sonó primero la voz de Sarah.

— Acepto.

Miré a la mujer, a la que se le humedecían los ojos. Di un largo suspiro y volví a interpretar el papel del buen hijo que hace lo que su padre quiere.

— Acepto.

Se dijeron media docena de palabras más hasta que tuvo lugar el intercambio de anillos, con derecho a repetir los juramentos de amor.

El amor...

¿Cómo podríamos jurar amar a alguien hasta la muerte si estuviéramos allí sin tener ese sentimiento presente?

Dejé de pensar en esas tontas sensaciones y volví a centrarme en lo que importaba.

Vi cómo me cogía la mano y deslizaba suavemente el anillo en mi dedo. Cuando lo soltó, me di cuenta de que era mi turno. Hice lo mismo, deslizando lentamente la joya de diamantes en su esbelto dedo. El temblor de su mano no pasó desapercibido.

Acabábamos de sellar nuestra unión.

¡No! Faltaba el beso, que luego se recordó.

Besaría a esa mujer por primera vez.

¡Y único! Me acordé. ¿Querían formalizar su matrimonio? Lo harían. En cuanto a vivir juntos, no podía prometerlo.

Nuestras miradas se encontraron y me di cuenta de lo hermosos que eran esos ojos marrones. No pude leer lo que sentía, ya que permaneció concentrada en mi mirada. Sin dejar de cogerla de la mano, me incliné un poco para reducir nuestro espacio y besé sus labios sin vacilar. Fue rápido, pero tuve tiempo suficiente para sentir su suavidad.



SIETE

SARAH

PContuve la respiración cuando empezó a acercarse para besarme. Los recuerdos de lo que hicimos aquella noche invadieron mi mente, haciendo que mi nerviosismo aumentara. Sentía que el corazón se me iba a salir del cuerpo en cualquier momento.

No parecía recordarme, o si lo hacía, estaba fingiendo muy bien y si lo hacía, no sería yo quien dijera que ya nos conocíamos. Cuando sus labios tocaron los míos, tuve que contenerme para no profundizar el beso, que recordaba muy bien. Me aparté rápidamente y me concentré en nuestras manos unidas, para no tener que enfrentarme a él.

Los aplausos fueron una excusa para poner una falsa sonrisa en mi rostro y mirar a los invitados. Dominic fue el primero en dar un paso por el improvisado pasillo y yo le seguí sin soltarle la mano. Disimuladamente, lo miré un par de veces mientras caminábamos por la alfombra roja para salir de allí y lo sorprendí saludando y sonriendo.

¿Era realmente feliz?

Había más gente de la que me hubiera gustado en aquella ceremonia y, si me fijaba bien, ni siquiera conocía al diez por ciento de ellos.

El hombre que estaba a mi lado, que ya se llamaba mi marido, no me dirigió la palabra, salvo para decirme que sí y repetir los votos matrimoniales.

Es él, no parecía feliz.

Le entregué el ramo a mi madre en cuanto entramos en el salón de baile, que estaba al lado de donde se celebraba la ceremonia. Dominic me soltó la mano y se alejó sin pedir permiso. Si no hubiera sido por Soraya, habría estado sola más tiempo.

— ¿Por qué te dejó sola aquí?

Ni siquiera lo sabía.

— ¿Dónde está Lady? — Cambié de tema.

— Con tu hermana. — Señaló en dirección a una mesa. Seguí su mirada y sonreí al ver a mi hermana saludando alegremente.

— ¡Joder, Sarah! No puedo aceptar esta mierda que estás haciendo con tu vida.

Con los ojos fijos en mi hermana y en Lady, contesté a mi amigo:

— Mi padre está enfermo y necesita a alguien que dirija nuestra empresa.

— Pero podrías hacerlo sin tener que casarte con un desconocido.

Moví la cabeza en señal de confirmación mientras mi sonrisa se apagaba. Yo también lo

creía.

— La mitad de Anderson está bajo el mando de Davis.

— Tras muchas preguntas, descubrí que ese cincuenta por ciento volvería a mi familia si me casaba con Dominic.

— Hay algo que aún no te he dicho.

Volví a sonreír y desvié la mirada hacia mi marido, de pie junto a su padre, mientras daba un sorbo a su bebida.

— No es un completo desconocido.

— ¿No? — Soraya no disimuló su sorpresa.

Negué con la cabeza antes de añadir.

— Me acosté con él cuando sabía que me iba a casar sin tener poder de elección.

— ¡¿Han dormido?! — La pregunta en voz alta llamó la atención de algunas personas que estaban a nuestro lado. Bajó la voz y me sujetó del brazo para que la mirara. Sé que es guapísimo, pero termina de contarme esta mierda como es debido. — ¿Cómo que habéis dormido? ¿Estuvisteis juntos antes de la boda?

— ¿Recuerdas que te conté que perdí la virginidad? — Ella abrió los ojos.

— No me dirás que... — Volvió a llevarse la mano a la boca.

— El tipo con el que pasé la noche era él. Sólo que yo no lo conocía, y sólo me enteré cuando fui a la oficina de Davis.

— ¿Qué te dijo cuando te vio?

— Parece que no se acuerda de mí. — Sonriendo, agaché la cabeza para ocultar mi decepción.

Aunque no hubiera representado nada, en el fondo quería que se acordara de mí.

— Díselo.

Respiré hondo y levanté la cabeza, no quería preocupar a mi amigo y mucho menos a mi familia.

— Lo haré cuando llegue el momento.

Vi que mi marido me miraba fijamente; aquella seriedad hizo que mi corazón latiera más deprisa y que mi aliento saliera más frío que el viento en una noche fría.

— Si te hace daño, acabaré con su carrera.

Aparté la mirada de él y me obligué a sonreír de nuevo, mientras cogía la mano de mi amiga para tranquilizarla.

— No pasa nada.

Aunque estaba concentrada en Soraya, me di cuenta de que mi marido se acercaba a nosotros. Tenía muchas ganas de irme y dejar de mostrar mi falsa alegría, pero la noche parecía eterna.

Yo no había aceptado este matrimonio, pero esperaba que Dominic fuera una buena persona y que, ya que lo habíamos superado sin problemas, pudiéramos vivir juntos como pareja.

Me llevaré a mi mujer por un tiempo.

Cualquiera que no nos conozca imaginaría que la frase tenía un tono romántico, pero la seriedad con la que salió de sus labios parecía más bien el cumplimiento de una obligación.

— Es toda tuya, pero recuerda tratarla bien.

¿O? sonrió Dominic, pinchando a mi amigo.

— No pagues por ver.

Soraya frunció el ceño, sabía que este enfrentamiento no iría bien por el momento.

Amigo, creo que Lana necesita ayuda. Ella pareció entender y se fue de nuestra presencia sin decir una palabra.

Pude respirar aliviado. Temía que se enterara de que él y yo ya nos conocíamos.

No tengo intención de quedarme mucho tiempo. En cuanto hayas lanzado el ramo y hayamos bailado el vals, nos iremos.

El corazón me latía sin control en el pecho. Me hablaba sin repartir la sonrisa que regalaba a todo el mundo, pero no me importaba. Yo también quería irme enseguida, al menos esa noche compartíamos el mismo deseo.

Estupendo. Mi perro debe estar muy cansado.

Mis palabras parecieron atraer su atención.

No pretenderás llevártela con nosotros, ¿verdad? Señaló en dirección a Lady.

— Sí — sonreí, mirando a mi bebé de cuatro patas.

— Esa bola de pelo no va a entrar en mi casa.

— No es una bola de pelo.

— ¿Ah, no? Seguro que se te pega allá donde vayas. Me casé contigo y tendré que aceptarte en mi casa, pero a ese animal no.

— No hables así de ella. Lady es mi mascota y va conmigo a todas partes. — Di un paso hacia él desafiante, acercándome a pocos centímetros de su boca. Podía sentir su respiración descontrolada sobre mi piel.

Me quedé hipnotizada cuando su lengua se deslizó por mis labios, humedeciéndolos.

— El trato era que me casara con la hija de Lary Anderson.

Sus ojos mostraban furia, pero no me importaba lo que pensara. No dejaría atrás a Lady porque él no la quisiera en su casa.

Incluso con la música alta, llamábamos la atención y yo odiaba ser el centro de atención.

Quise reducir ese pequeño espacio y besarle como la primera vez, pero lo hice de otra manera. Reduje la distancia, besé la comisura de sus labios y sonreí.

— La gente nos mira. Olvidémonos de ello y repartamos las sonrisas que todo el mundo

espera, marido.

Pareció recuperar el control y, respirando hondo, me agarró la nuca.

— Si vas a besarme, hazlo bien.

Me hizo callar besándome la boca con fervor. La lengua caliente y ansiosa jugando, mandando, marcando su territorio y atrayendo aún más la atención de la gente que vitoreaba.

El beso fue capaz de encender un fuego en mí, recordándome el momento que pasamos juntos y haciéndome anhelar otra noche como aquella. No veía la hora de llegar a casa y al menos hacer algo que realmente deseaba: estar en la cama con ese hombre.



OCHO

SARAH

PEn el espejo vi a Dominic tendido en la cama, con una camisa blanca de botones y pantalones de vestir. Tenía el pelo tan revuelto como la noche de bodas, pero había dormido.

Respiré hondo y terminé de peinarme. Era el segundo día de nuestro matrimonio, pero aún no lo habíamos consumado, pues él había pasado el día encerrado en el despacho de su casa y ya se había marchado completamente borracho.

Me acerqué a la cama y me tumbé a su lado, sabiendo ya que sería otra noche sin poder sentir sus manos sobre mí. Antes de irme a dormir, envié un mensaje a mi hermana. Quería saber de mi cachorrita. Se suponía que iba a estar conmigo, pero el hombre que estaba a mi lado les había dicho a mis padres que viajábamos de luna de miel, así que Lady acabó quedándose con ellos. Tras recibir la respuesta, dejé el móvil en la mesita de la esquina y cerré los ojos.

A la mañana siguiente, me desperté sola en la cama. Pasé unos minutos mirando el espacio vacío a mi lado.

— Tenemos que hablar. — Me sobresaltó la voz de Dominic en el dormitorio.

Giré mi cuerpo de modo que quedé boca abajo, mirando fijamente a aquel hermoso hombre que estaba allí mirándome.

— Nuestro matrimonio sólo será una fachada. Eres una mujer muy hermosa, pero no tengo ningún interés en ti, Sarah.

Contuve la respiración ante aquellas palabras. Realmente no parecía acordarse de mí.

— Sólo me casé por presión de mi padre, creo que él se dio cuenta.

— Tenías miedo de perder su trabajo. — Me enfrenté a él con firmeza, tragándome los nudos que se me habían formado en la garganta.

Se me revolvió el estómago ante la intensa mirada que me dirigió.

— Si no existieras, tal vez no estaría pasando por esto. Quiero que sepas que no esperes que sea un marido de verdad cuando estemos solos, sólo interpretaré ese papel ante la sociedad.

Antes de que pudiera procesar mi respuesta, salió de la habitación, dejándome completamente sola. No debería haberme importado, pero sin esperarlo, mis ojos se llenaron rápidamente de lágrimas y corrieron por mis mejillas.

Me quedé en la cama unos largos minutos más, cuando decidí levantarme a buscar a mi perro. No estaría sola en aquella casa.

El viaje a casa de mis padres fue rápido y la misma sonrisa que logré poner en mi cara el día de la boda era la que llevaba en su casa. No quería demostrar que algo me preocupaba. Cuando me preguntaron por el viaje, mentí diciendo que había sido rápido porque Dominic tenía cosas que hacer en el trabajo que no podía postergar.

Aparqué el coche en el lugar designado y cogí a Lady en mi regazo. Me alegré de tenerla por fin cerca. Abrí la puerta del salón y la puse en el suelo para que reconociera el lugar, después de todo, este sería su nuevo hogar.

Llevé a Lady a su habitación, tenía que terminar un trabajo de la universidad. No sé cuándo me quedé dormido, pero me desperté con los ladridos del perro.

— ¿Qué coño hace ese animal aquí?

— ¡Lady! — Salté de la cama y fui hacia Lady. — Ven aquí.

— Te dije que no lo quería aquí.

— ¡Y yo dije que la traería! — le respondí mientras sostenía a Lady en brazos.

— Llévalo a casa de tu padre.

Me reí de su atrevimiento.

— Ella se queda donde yo me quedo.

— ¡Qué carajos!

Parecía furioso y salió de la habitación como un niño mimado. Desde luego, le encantaba dejarme sola en los sitios. Moví la cabeza negativamente, sin querer creer que quisiera discutir otra vez sobre mi perro. Cogí a Lady y me la llevé a la cama.

Tienes que portarte bien, mi amor, es un imbécil, pero ahora es tu papá. Sonriendo, besé su cabecita y volví a concentrarme en mis estudios.

Al final del día, salí a pasear con Lady por el jardín de la casa en cuanto llegó la hora de cenar y, en el fondo, esperaba que se uniera a mí esa noche.



NUEVE

DOMINC

Perdí la cuenta de las veces que marqué el número de Lucy y colgué. A pesar de que mi cuerpo ardía por el loco deseo de enterrarme en una mujer, no podía actuar con calentura.

Sin pensarlo, llamé a mi amigo Willian y le invité a salir por la noche. Si no iba a acostarme con mi amigo con derecho a roce, al menos bebería hasta sentirme relajada.

— Te voy a dar un consejo amigo, no te cases.

Willian se rió, mientras yo me limitaba a disfrutar del líquido ámbar en mi vaso.

— ¿Sólo lleváis tres días casados y ya estáis estresados por la vida en común?

Sólo saber de esta maldita boda me había estresado.

— ¿No tienes suficiente sexo?

Levanté la vista y fulminé con la mirada a mi amiga. Maldita la hora en que le dije que no me interesaba.

¡Maldita sea!

Lo mismo podía aprovecharme de ese puto sindicato y comer del plato de la casa cuando no quisiera los bocadillos.

— No hace falta que contestes, lo he entendido todo. Me imagino lo difícil que debe ser para ella vivir contigo.

— ¡Vete a la mierda! Te pedí que tomaras una copa y te relajaras, no que me recordaras mi puto matrimonio.

— ¡Vaya, vaya! Tú fuiste quien empezó.

La idea era pasar la noche bebiendo allí, ya que me había visto obligado a tomarme una semana libre para disfrutar de mi luna de miel, pero a la sexta copa me despedí de mi amigo y me dirigí a casa. Por muchos otros temas que surgieran en nuestra conversación, no podía dejar de pensar en la hermosa mujer que tenía en casa y en lo mucho que mi cuerpo necesitaba una buena follada.

En el salón reinaba el silencio habitual con las luces encendidas, pero cuando subí las escaleras, me encontré con aquella bola blanca de pelo. Estaba tumbada en lo alto de la escalera mirándome fijamente. Puse el pie en el primer escalón y ella siguió mis movimientos con la mirada.

— ¡VALE! — Era el momento de deshacerse de ese animal.

Sonreí y levanté otro pie. A mitad de la escalera, se sentó y me quedé helado. Estaba

seguro de que empezaría a ladrar para llamar la atención.

— ¡Vale! — Tenía que ganarme su confianza y luego acabaría con ella.

— No irás a ladrarme ahora, ¿verdad? — Otro paso y su cuerpo se tensó. — ¿Dónde está Sarah?

El animal pareció entender el nombre de la mujer, ya que movió la cola y ladró ligeramente.

¡Maldita sea! Llamaría la atención y mis planes se vendrían abajo.

Me apresuré a subir los escalones y la perra empezó a ladrar. Fui más rápido y la cogí, y antes de que pudiera volver a subir los escalones que acababa de subir, apareció Sarah, llamándola.

— ¡Lady! Ven aquí, cariño.

Ya no podía correr más, así que me hice el bueno y caminé hacia el dormitorio con el perro en el regazo.

— ¡Lady! — Sarah corrió a mi encuentro. No estaba preparado para verla con ese top blanco transparente, donde sus bragas estaban completamente expuestas.

Automáticamente, mi miembro reaccionó a esa imagen palpitando dentro de mis pantalones.

— La próxima vez, déjala atada. No quiero arriesgarme a pisar pis o caca. — Recuperando la conciencia, corto el ambiente creado por mí solo.

Le entregué el animal y caminé junto a ella hacia nuestra habitación.

— Está entrenada y conoce los lugares adecuados para hacer sus necesidades.

Su voz sonó detrás de mí, pero no me volví para discutir. Ya me había dado cuenta de que deshacerme de aquel animal sería imposible. Me quité el reloj, lo dejé junto con el móvil sobre la cómoda y entré en el cuarto de baño, abriéndome la camisa de vestir.

— No has vuelto a cenar en casa.

Hice caso omiso de su voz y me quité los pantalones, dejando al descubierto mi miembro erecto. Solo necesitaba una ducha para calmarlo y discutir con Sarah solo me pondría más cachondo.

— ¡Te he hablado! — Sentí su presencia detrás de mí.

— Sal de aquí, Sarah. — Cerré los ojos, intentando mantener el control.

— ¿Por qué? No tienes ningún interés en mí, así que estoy segura de que verme vestido así mientras estás desnudo no hará ninguna diferencia, ¿verdad?

Respiré hondo. Mi polla seguía palpitando, ansiosa por enterrarse en ella.

— Estuve con un amigo, acabé faltando a la cita y los otros días, como has visto, estuve metido en la oficina solucionando unos asuntos de trabajo.

— No debería dar respuestas. Hice lo que quise y entendí mi vida, al fin y al cabo, no estábamos ante la sociedad para demostrar que éramos pareja.

— No entres, Sarah, o no podré alejarme de ti.

— Pensé que no tenías interés en mí.

Tragué saliva, ignorando mi orgullo, y giré sobre mi propio eje para mirarla. Extendí la mano y tomé su rostro entre las mías, deslizando el pulgar por sus labios rosados. La mujer permaneció en silencio, mirándome fijamente. Sentí que su respiración cambiaba.

Ella quería sexo.

Y yo también.

Esa noche, dejé de lado todas mis promesas y me concentré únicamente en cumplir su deseo.

Acerqué mi cuerpo al suyo, incliné la cabeza y besé ligeramente sus labios. Al principio quería saber cuál sería su reacción. Si tendría vía libre o si sería una falsa alarma, pero Sarah me rodeó el cuello con las manos y profundizó el beso.

Parecía saber exactamente lo que hacía y, por mucho que quisiera que ella dirigiera el momento, tomé el control y la sujeté con fuerza por la cintura, atrayéndola contra mí. Hice nuestro beso más vigoroso cuando ella empezó a frotarse contra mis caderas.

Sin esperar más, giré nuestros cuerpos y abrí el cajón del mueble del baño. Saqué un preservativo y lo abrí con urgencia, envolviendo mi polla bajo su mirada.

No quería dejar lugar a arrepentimientos o preguntas en ese momento. Necesitaba y quería saborear a aquella mujer. Me había vuelto loco sólo con el beso, no veía el momento de penetrarla profundamente y hacerla gemir mi nombre.

Con el ardiente deseo dominando mi cuerpo, la intensidad de nuestras miradas era suficiente para demostrar lo mucho que nos deseábamos. Bajé ambas manos a la fina parte de sus bragas y tiré para arrancárselas. Sólo la quería en aquella prenda transparente.

Si hubiera podido, la habría admirado durante horas con esa ropa, pero las ganas de sentir cómo me apretaba eran mayores, así que cuando me deshice de las bragas, aproveché su grito ahogado de asombro y la senté en la encimera del lavabo.

Le abrí las piernas y disfruté de aquel suave coño para mí solo. Con una sonrisa en los labios, introduje el dedo índice en su raja y jugué un rato con su clítoris, antes de deslizar el dedo en su empapada entrada.

— Estás lista para recibirme.

Un ladrido llamó mi atención, y miré hacia atrás sólo para ver la bola de pelo maloliente de pie en la puerta del baño.

No dejaría que ese tema interrumpiera nuestro momento. Sin decir palabra, la cerré por fuera y cuando volví la vista al frente, Sarah se mordía el labio.

Eran tan bonitos que no podían hacerse daño así. Con el pulgar, liberé su labio inferior de los dientes y me incliné para chuparlo. Aproveché nuestro beso para introducir mi miembro en su zona íntima.

Controlando el beso, di un largo suspiro cuando su vagina me tragó entero.

— ¡Ah! Definitivamente necesitaba sexo.

Entonces tuve que enfrentarme al hecho de que no quería tomar aquel matrimonio como algo real. Sarah era una mujer hermosa, y muy atractiva, y por mucho que me enfadara con ella por haberme metido en aquella unión, por culpa de nuestros padres, no merecía esperar que fuéramos una pareja enamorada.



DIEZ

SARAH

Me estiré en la cama con una sonrisa en la cara. La noche anterior había sido maravillosa. El sexo con aquel hombre era mejor de lo que recordaba.

¿Nos daría la oportunidad de vivir juntos?

Me mordí el labio para ocultar mi felicidad aquella mañana y abrí los ojos, volviéndome hacia el otro lado de la cama. Quería admirarlo un poco más, pero lo único que encontré fue a Lady recostada sobre la almohada de Dominic.

La frustración se apoderó de mí, pero la sonrisa volvió a mi rostro cuando vi aquella *bolita de pelo*. Era inevitable no recordar así a Lady.

— ¿Estás buscando problemas desde el principio? — Le tendí la mano y se la acaricié. — Vuelve a la cama.

Apenas abrió los ojos. Todavía sonriendo, me levanté. Miré a mi alrededor, pero no encontré señales de Dominic. El sexo que había comenzado en el baño había terminado en la cama y en algún momento me quedé dormida. Desnuda, procedí a hacer mi aseo matutino y recién entonces bajé a tomar café.

Ansiosa por prepararme, salí de la habitación. El hambre que tenía esa mañana parecía haberse duplicado y, cuando recordé el esfuerzo físico realizado la noche anterior, sonreí para mis adentros. Llegué a la cocina y no había señales de que Martina estuviera allí. La señora de la sonrisa cálida había sido la cocinera de Dominic durante ocho años y me había tratado muy bien desde que llegué al piso.

Martina no ha venido hoy. Me sobresaltó la voz grave de Dominic. Oculté la sonrisa tonta de mis labios y giré sobre mi propio eje para encararlo.

Su mirada fija en mí me revolvió el estómago. No podía descifrar la seriedad de su rostro.

— ¿Has comido?

— Todavía no.

— Prepararé algo *para* nosotros.

Forcé una sonrisa, tratando de romper el ambiente tenso. Ayer nos habíamos llevado tan bien cuando estábamos presas del deseo, y ahora parecíamos dos extrañas.

Dominic no dijo nada, sólo arrastró el taburete y se sentó. Tragando saliva para humedecerme la garganta, empecé a pensar de nuevo y empecé a rebuscar en los armarios y la nevera.

No sabía dónde estaban las cosas, después de todo sólo llevaba allí cuatro días y Martina

nunca me dejaba ayudar.

— ¿Sabes dónde están las cosas?

— No, pero lo averiguaré — respondí sinceramente con una sartén en la mano.

Su fuerte respiración me estremeció. ¿Se iba a ir? Pero cuando sentí su presencia detrás de mí, mi corazón volvió a latir con fuerza.

Debería haberme enfadado con aquel hombre por comportarse como un gilipollas en nuestra boda y durante nuestra conversación en el dormitorio, pero no podía controlar las sensaciones de mi cuerpo cuando él estaba presente.

Tragué saliva cuando su cuerpo rozó el mío.

— En este cajón están los cubiertos. En este armario, las especias y en este otro, platos y vasos.

— Gracias.

Disimuladamente, me alejé y cogí huevos y beicon de la nevera. Saqué el cartón de leche de la nevera y la jarra de zumo. En cierto modo, tenía de sobra para hacer la comida de la mañana, ya que Martina siempre tenía la nevera bien surtida y nunca veía escasez de fruta y pasteles en aquella casa. Pero yo quería mis huevos revueltos, así que me puse a prepararlos. No sabía si le gustaban y no iba a preguntar, haría más cantidad y dejaría que se sirviera.

Después de preparar los huevos y hacer un café, lo dejo todo en la encimera de la cocina y pongo la vajilla delante de nosotros.

Era la primera vez que comíamos juntos y mi mente bullía de preguntas y suposiciones.

Después de todo lo que ya había hecho, esperaba que me dejara en paz en cualquier momento.

— No sé si te gustan los huevos con bacon, pero he hecho suficiente para los dos.

— Es mi café de cada mañana.

¡Ah! — sonreí, sin poder disimular mi sorpresa por haber acertado. — Pues siéntete como en casa.

El silencio que reinó durante la comida hizo que el ambiente fuera aún más tenso. Él no lo mencionó y no me trató de forma diferente por haber dormido juntos la noche anterior.

— Gracias por el café. — Se levantó y salió de la cocina.

Nos habíamos casado sin haberlo elegido, pero en el fondo yo quería que nuestro matrimonio funcionara.

Aproveché su reacción ante el desayuno y, tras alimentarme, me puse a preparar la comida. Quizá me estaba precipitando, pero lo cierto era que en el fondo tenía una pequeña esperanza de que nuestra relación empezara a cambiar.

No sabía nada de mi marido, sólo que estaba bueno, que era director general de Davis y que desayunaba huevos con bacon. Ah, y que era un gilipollas, pero eso no viene al caso.

Rebusqué en la nevera y, basándome en la comida que Martina había preparado desde que

llegué, preparé nuestra comida siguiendo recetas de internet. Esperaba que estuviera buena. Guardé la comida y volví al dormitorio.

Mi perro seguía dormido en la cama, en el lado donde dormía Dominic. Cogí el ordenador y el material de estudio y continué con los últimos deberes de la universidad. Aunque estaba en mi último trimestre de administración de empresas y sólo me faltaban unos meses para graduarme, seguía dedicándome a ello.

Me costaba concentrarme, pues mis ojos no dejaban de mirar la hora. Contaba los minutos que faltaban para volver a comer con él. No sabía cuál era su rutina, pero se basaba en la hora a la que Martina preguntaba si podía servir la comida. Cuando quedaban diez minutos, guardé mis materiales de estudio y me fui a duchar primero, ya que tenía planes para visitar a Soraya esa tarde.

Después de poner la mesa y servir la comida, fui al despacho para invitarle a comer. Sabía que estaba allí, pues había sido su escondite desde que nos casamos.

Llamé a la puerta, que estaba cerrada, y esperé respuesta. Volví a llamar y nada. Me atreví y giré el picaporte con la esperanza de que estuviera abierto. La puerta se movió y con cuidado asomé la cabeza para echar un vistazo. Tumbado en el sofá frente a la mesa, Dominic no parecía haber reparado en mí. Por un momento, desvié mi atención de aquel hombre tan apuesto para mirar las estanterías del suelo al techo llenas de libros.

Seguramente sólo debería haber libros técnicos.

Resoplé y volví mi atención hacia mi marido. Le llamé y no se movió. Entré en la habitación y caminé hacia él. Con los ojos cerrados, parecía profundamente dormido y sostenía una botella vacía de alcohol. Respiré hondo al verlo.

— *Y yo que pensaba que estabas trabajando* — murmuré, cogiéndole la botella de la mano. Dominic ni siquiera se movió.

Frustrada por haberlo encontrado así y sabiendo que no comeríamos juntos, salí de la oficina y, en lugar de almorzar, fui al dormitorio a buscar mi bolso. Antes, le cambié el agua a Lady y le puse algo de comida, y tras un ligero achuchón, salí de casa.



NUEVE

DOMINIC

O ¿En qué estaba pensando?

Me juré a mí mismo que no pararía a esa mujer y ¡mira en lo que me he metido!

La mujer estaba jodidamente buena.

Alejarse de ella sin contacto sería fácil, pero alejarse después de una noche de sexo sería difícil.

Como si no fuera suficiente que hubiera estado tan loco como para tener una relación con ella, aún así acepté su invitación a tomar un café.

¡Ah, joder!

En mi defensa, no pude negarme. Había estado cansada la noche anterior y el estómago me rugía desde primera hora de la mañana. Para colmo, Martina no trabajaba y yo no sabía cocinar. Me estaba preparando para irme, pero cuando la vi caminando hacia la cocina me sentí obligado a informarle de que la empleada no trabajaría ese día y que luego se iría, pero una vez más no pude resistirme y cuando me di cuenta ya estaba ayudándola a coger los utensilios de la cocina y sentándome a su lado para comer.

¡Mierda!

No quería ese vínculo.

No quería esa boda.

Salí de la cocina directo a la oficina, concentrado en beber. Incluso pensé en mandar un mensaje a mi amigo, pero esa mañana no estaba de humor para escuchar sus chistes.

Mientras bebía, mis pensamientos volvían a la noche anterior. Sin darme cuenta, el alcohol empezó a hacer efecto y pronto empecé a relajarme.

Me desperté sudando frío y me levanté del sofá tan deprisa que acabé mareado.

¿Cuánto he dormido?

Me llevé la mano a la sien en un intento de contener el agudo dolor que invadía mi cabeza.

¡Mierda!

Bebí para olvidar a esa mujer, ¿y mira cómo me va?

Aunque tenía náuseas y me dolía la cabeza, me acerqué a la mesa para coger el móvil y me sobresalté al ver que ya era de noche. Cogí un vaso de agua de la nevera y me lo bebí todo.

Necesitaba recomponerme.

Salí del despacho con la intención de ir a la cocina a coger algo de fruta o una galleta, pero cuando pasé por el comedor me sorprendió ver la mesa puesta. Me acerqué y abrí las tapas que cubrían la comida, sorprendiéndome aún más de que la comida no hubiera sido tocada.

Estaba confundiendo las cosas. Necesitaba recordarle que nuestro matrimonio era una farsa. No tenía intención de albergar ningún sentimiento.

— Te he preparado la comida, pero parece que aún no lo has hecho.

Me sobresaltó su voz detrás de mí.

— Cuando termines, ordena la cocina. ¡Buenas noches!

Giré mi cuerpo para mirarla.

— ¿No vas a comer?

— Ya he comido fuera.

Le dio la espalda y se marchó. Era seria. A diferencia de la mujer que conocí en la cocina por la mañana. Sacudí la cabeza, intentando serenarme.

Mejor así.

Me rugió el estómago, volví a mirar a la mesa y me serví un poco en el plato. Necesitaba calentarlo antes de comer. Llevé el plato al microondas y esperé a que pasaran los minutos. Al menos tendría comida lista en ausencia de Martina. Cuando el aparato emitió un pitido, saqué el plato y empecé a comer.

— Huum... cocina muy bien.

Me concentré en la comida y puse un poco más. Cuando terminé, hice lo que me pidió y recogí. Podía ir a mi habitación, pero no quería enfrentarme a ella en ese momento. Volví a la oficina y esta vez me concentré en mi trabajo para olvidarme de Sarah por un rato.

Pasaron las horas y ni la sentí, subí al dormitorio pasada la medianoche y por suerte la encontré dormida y junto a ella, la bola de pelos.

En mi cama.

Tumbado de lado.

Mi ira aumentó, pero no quise llamar su atención en ese momento. Ignoré la escena y entré en el cuarto de baño. Aunque quería un baño largo y relajante, no me demoré. Fui lo más rápido posible y regresé al dormitorio, con cuidado de no despertarla.

No podía creer que estuviera huyendo de una mujer.

Con cuidado, saqué la bola de pelo de la cama y la coloqué sobre la suya, en el suelo. Le acaricié la cabecita para que dejara de ladrar y volviera a dormirse. Me tumbé de lado y cerré los ojos, entregándome al sueño.

Me desperté antes que Sarah y, al mirar la hora, me di cuenta de que aún era muy temprano. Los ojos me ardían, pidiendo más descanso, pero aún luchando contra el sueño, me levanté y salí de la habitación.

Lo mejor que podía hacer era evitar el contacto con ella. Ya habíamos hablado de esa

boda, no sería una aventura de una noche lo que me haría cambiar de opinión.

Por suerte, sólo tuve que pasar una semana fuera de la empresa. Fueron los días más largos que he pasado nunca. Pensé que nunca evitaría a una mujer.

Sarah era preciosa, y después de tocar su cuerpo estaba seguro de que sería mucho más difícil mantenerse alejado.

Después del desayuno que tomamos juntos, empecé a evitarla. Me levantaba temprano y me acostaba tarde, sólo para no encontrarla despierta. A menudo tenía que quitarme aquella bola de pelo del lado donde dormía. Tenía que ser cariñoso con el animal, para no hacerle ladrar y atraer la atención de su dueño.

Contesté a unos cuantos correos electrónicos y tareas pendientes que me había pasado mi secretaria. Concentrada en organizar la semana, recibí un mensaje de mi padre. Descolgué el teléfono y leí el contenido. Decía que esta noche tenía una cena y que nos esperaba a Sarah y a mí. También estarían sus padres.

Dejé el móvil sobre la mesa después de responder con la confirmación y me recosté en la silla, respirando hondo.

No podía negarme a esa petición. Si no hubiera vuelto a la oficina de la empresa, se habría inventado una excusa para que no estuviéramos en la ciudad.

Volví a coger el móvil y me puse a buscar en la agenda, dándome cuenta de que no tenía el número de Sarah.

Resoplé con rabia.

Podía llamar a mi secretaria y pedirle que lo hiciera, pero tenía que seguir fingiendo ante la sociedad que éramos una pareja enamorada.

Llamé a casa y, cuando contestó Martina, pedí hablar con mi mujer, con la excusa de que su móvil estaba fuera de cobertura. Me dijeron que se había ido por la mañana, justo después de mí.

¿Adónde había ido?

Le di el mensaje a Martina y le pedí que avisara a Sarah de la cena. Desconecté la llamada y volví a concentrarme en el trabajo, o al menos lo intenté, ya que a veces me preguntaba adónde había ido Sarah.

Cuando leí el mensaje de mi padre, decidí que no saldría de la oficina hasta unos minutos antes de la cena, dado que siempre me arreglo rápidamente, pero me encontré con que llegaba a casa dos horas antes. Martina se preparaba para salir y no disimuló su mirada de sorpresa en mi dirección.

Por supuesto, nunca llegaba pronto a casa.

Aparte del chófer, al que recurría de vez en cuando, era la única empleada con la que tenía contacto. Además de cocinera, era ama de llaves y coordinaba al resto del personal de la casa, por lo que tenía un sueldo diferente.

— Sarah está aquí. Te dije que había llamado.

— Gracias, Martina.

Me quité la americana y la apoyé en el brazo. No podía seguir ignorando a mi mujer. Subí los escalones que conducían a los dormitorios y entré en el mío, deteniéndome en la puerta al verla sólo en lencería roja.

A la mujer le gustaba tomarme el pelo, estaba seguro de ello desde hacía días después de nuestra noche juntos, pero verla desfilar por la habitación era la confirmación de ello.

Se detuvo frente al espejo con dos vestidos en la mano y los puso delante de su cuerpo.

Mi padre me llamó. Dijo que cenaríamos juntos en su casa. Cambió la posición de sus vestidos, mientras yo permanecía hipnotizado por el lado de su cuerpo expuesto. Martina me dijo que me había llamado para hablar conmigo porque no había podido localizarme en el móvil, pero si no recuerdo mal no tenemos los números de teléfono del otro.

Dejó el espejo y se dirigió hacia la cama, colocando los vestidos sobre ella. En ningún momento miró en mi dirección y me pregunté cómo sabía que había llegado, ya que la *bola de pelo* no había anunciado mi llegada.

— ¿Estoy en lo cierto? — Se dio la vuelta con una sonrisa en la cara y me quedé boquiabierto ante su innegable belleza.

Su maquillaje y su pintalabios rojo combinaban a la perfección con su ropa interior ensangrentada.

Tragué saliva, intentando disimular lo grande que era mi deseo por ella. Saqué el móvil del bolsillo del pantalón, lo desbloqueé y caminé hacia ella.

— Sí, ya podemos solucionarlo. — Le tendí el auricular — Ponga aquí su número.

Vi cómo marcaba y luego se lo llevaba a la oreja, y sonó un timbre en el dormitorio. Mis ojos se desviaron hacia la luz que había sobre la cama.

— Ya está. Llamé para asegurarme de que tenía tu número enseguida. — Me devolvió el auricular.

— ¿Estás diciendo que no te daría mi número?

— Dado que me has estado evitando. — Se calló y volvió su atención a la cama. ¿A cuál? Señaló los vestidos.

De repente cambió de tema y miré su ropa confundida.

— El verde. — le contesté y me alejé de él en dirección al baño.

Tenía mucho tiempo libre hasta la hora de cenar. Quedarme en la misma habitación que Sarah sería difícil, ya que admirar sus hermosas curvas sólo me volvería loco.



DOCE

SARAH

O El trayecto hasta la casa de mis suegros fue completamente silencioso, pero no me importó, ya que prácticamente vivía sola en aquel ático.

Al salir del coche, me tragué el nudo que se me había formado en la garganta y, tras respirar hondo, esboqué una sonrisa.

No quería mostrar que el comportamiento de Dominic después de acostarnos me estaba afectando. Ni siquiera se lo dije a mi amiga.

El hombre que estaba a mi lado no lo sabía, pero tuve que hacerme el duro cuando le vi antes en la habitación y, por supuesto, provocarle fue una estrategia para que no enloqueciera y discutiera antes de la cena.

Dominic me había dicho que nuestro matrimonio no sería real cuando estuviéramos solos. Me equivoqué al creer que él podría cambiar después de acostarnos y desayunar juntos.

— Si me has pedido opinión sobre el vestido, ¿por qué te has puesto rojo?

Esa había sido su primera frase desde "llegamos a tiempo". Me mordí el interior de la mejilla para no reírme.

Había elegido el verde. También era mi elección, pero como lo había elegido yo, lo cambié a propósito. No quería dar la impresión de que lo había elegido porque había dado mi opinión.

— No quería llevar sujetador, así que me cambié.

Incluso sin mirarle, sentí que me observaban. Caminamos hacia la puerta de la mansión y cuando un hombre vestido de negro la abrió, seguí burlándome de él.

— De hecho, hoy quería sentirme libre. Sin lencería apretándome.

Su mano, que antes había estado en medio de mi espalda, bajó hasta la parte baja de mi espalda, deteniéndose justo encima de mi trasero.

— ¿Estás diciendo que...

Cuando vi a sus padres, sonreí sinceramente.

— Yo también me he quedado sin bragas — dije en voz baja, entre dientes para que mis suegros no me entendieran, y caminé hacia ellos, siendo recibida por largos y apretados abrazos.

Si había algo que se nos daba bien como pareja, era actuar.

Mis padres llegaron quince minutos más tarde y la actuación fue impecable. Muchas conversaciones y risas formaron parte de aquella velada. Aunque por dentro estaba sumida en un torbellino de sentimientos, ver la felicidad en las caras de mis padres fue el combustible para estar viviendo algo que no había elegido para mí.

— Sarah ya ha empezado a conocer la rutina de la oficina. Pronto dirigirá Anderson ella sola. Mi padre habló con orgullo y vi que Dominic miraba en mi dirección.

— Eso es bueno, Larry. Y entonces nuestras empresas podrán unirse y convertirse en las más grandes de América.

— ¡Del mundo! — replicó mi padre.

Confundida por la conversación, pedí que me disculparan y abandoné el sofá, dirigiéndome a los cuadros abstractos que había en el lateral de una de las paredes del salón.

Al parecer, vamos a tener mucho trabajo que hacer en nuestro viaje como matrimonio. La voz de Dominic me produjo un escalofrío, y esa vez no tuve tiempo de darme cuenta de su presencia por el olor de su inconfundible perfume.

— Todo por la felicidad de mi familia.

— ¿Y tú, Sarah?

Esa pregunta me hizo girarme en su dirección.

— ¿Importa? Mi marido dejó claro sin ambages que no tenía ningún interés en mí, y después de pasar una noche conmigo, me ha estado evitando. Así que le pregunto: ¿importa mi felicidad?

Dominic me miró seriamente y antes de que pudiera responder, Lana vino hacia mí, rodeando mi cintura con sus brazos.

— Sarah, echo de menos a Lady. ¿Puedo dormir contigo esta noche?

Aquella petición me cogió por sorpresa. Miré a Dominic y se limitó a asentir en señal de confirmación, antes de abandonar nuestra compañía.

Sonreí a mi hermana y le dije que si mamá y papá se lo permitían, ella también podía. Me quedé con la niña de ocho años el resto de la tarde y luego me uní a las mujeres adultas de la casa.

La cena fue mejor de lo que esperábamos y antes de las once ya estaba en casa. Dominic y yo intercambiamos decenas de palabras por el simple hecho de tener la compañía de mi hermana. En cuanto entramos, mi hermana se despidió de mi marido cuando le dije que íbamos a recoger a Lady, y luego entré con ellos en la habitación de invitados.

Esa noche no dormiría junto a Dominic, pero ¿a quién le importaba?

Después de jugar y charlar con mi hermana, nos tumbamos en la cama a dormir. Me giré de un lado a otro y, sin poder desconectar, me levanté. Cogí el móvil para ver la hora y suspiré al ver que eran las dos de la madrugada. Me palpitaba la cabeza, necesitaba algún medicamento para relajarme.

Con cuidado de no despertar a mi hermana y a Lady, salí de la habitación en dirección a la mía. Un escalofrío de ansiedad invadió mi estómago. Dominic estaría en la cama y el deseo de dormir sintiendo su calor me abrumó.

Debería ignorarlo, pero sería una mentirosa si dijera que no me afectaba. Desde que vivíamos esta vida, en el fondo quería que lo nuestro funcionara.

Cuando abrí la puerta, vi al hombre tumbado con las piernas cruzadas en la cama y la cabeza sobre mi almohada, sólo con los pantalones puestos, tan guapo y caliente porque no estaba cubierto. Sonreí con satisfacción, imaginando que estaba allí, porque quería olerme. Con cuidado fui al armario y cogí la medicina que siempre llevaba en el bolso y me fui tranquilamente, después de una última mirada a aquel hombre tan guapo.

Volví a la habitación donde dormía con mi hermana y después de tomarme la medicina volví a la cama.

Prácticamente veía amanecer, echaba siestas, pero ninguna me hacía perder el conocimiento. Ya no me dolía la cabeza. Abrí los ojos al escuchar las risas de mi hermana, estaba en el suelo jugando con Lady. Las saludé y después de unos minutos subimos a mi habitación, pues necesitaba cambiarme. Antes de que Lana entrara, miré si Dominic seguía ahí y después de ver la cama vacía, entramos. Tenía que pasar por la universidad antes de ir a la oficina de Anderson.

Presenté Martina a mi hermana y, como de costumbre, tomé mi café sin mi marido. Aquella mañana me levanté un poco mareada y sólo acepté un zumo de limón y unas rodajas de piña.

Estaba terminando la última rebanada cuando Dominic entró en la cocina. Teníamos comedor, pero me sentía muy sola en aquella mesa tan grande, así que cogí la costumbre de comer con Martina.

¡Dom! — gritó Lana llamando a Dominic, y casi me atraganto cuando lo llamó por su apodo — Siéntate aquí a mi lado.

Miré rápidamente en su dirección y le vi sonriendo a mi hermana. Me entristeció darme cuenta de que toda aquella demostración formaba parte del número que teníamos que montar cuando estábamos juntos.

Dom, ¿amas a mi hermana?

Empecé a toser ante esa pregunta. Que Lana me hablara de cualquier cosa era una cosa, ¿pero Dominic?

¡Por Dios! Era sólo una niña, no tenía por qué participar en nuestro teatro.

La risa de Martina llamó mi atención. Rápidamente la miré y luego al apuesto hombre que desayunaba con nosotras.

— Esa es una gran pregunta.

Sí, lo sé. Pero mamá me dijo que para vivir con alguien, tienes que casarte. Y veo a papá diciéndome que ama a mamá todos los días, así que quería saber si amas a Sarah, porque ella...

Antes de que Lana pudiera terminar su discurso, me levanté de repente del banco. Mi hermana tenía una mente muy evolucionada para una niña de ocho años.

— ¿Nos vamos, cariño, o voy a llegar tarde?

¿Qué le pasa a tu hermana?

Nada. — respondí por Lana, ayudándola a bajar al banco.

— Deja que la chica termine de comer.

— Ya he terminado, sólo te hacía compañía. Lana sonrió, cogiendo la mano de Dominic. Gracias por dejarme dormir aquí. Tu casa es muy bonita.

Esperé a que contestara a Lana y la saqué de la cocina antes de que dijera nada más. El día de mi boda, me sorprendió que me preguntara en forma afirmativa que no le quería. Por supuesto, esto no era ningún secreto para él, pero Martina estaba en la habitación y no quería causar ningún problema.



TRES

DOMINIC

No pude quitarme la sonrisa de la cara después de que Sarah se llevara a su hermana. La niña no tenía filtro. *Por supuesto que no, después de todo es sólo una niña.*

— Es encantadora. — Miré a Martina, que también tenía una sonrisa como la mía.

— Sí, lo es.

— Tu mujer también lo es.

Su mirada estaba fija en mí. Mi cocinera debía de pensar que nuestra relación era extraña, después de todo, casi nunca nos veía juntos. Terminé de comer en silencio, y la mujer pareció darse cuenta de que no iba a hablar y volvió a sus quehaceres. Nunca fuimos muy habladores, pero ella era libre de decirme lo que quisiera, ya que yo siempre respondía a sus preguntas inverosímiles.

Salí de casa directo a la empresa, necesitaba trabajar, salir por la noche y dejar de pensar tanto en Sarah.

No tenía intención de aceptar el hecho de que estaba casado con ella.

¡Oh, mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Golpeé el volante antes de salir del coche. Realmente era una mujer interesante. Quedarme con ella sería estupendo, pero no quería darle a mi padre el gusto de que había hecho lo correcto al decidir mi vida.

Enfurecido, salí del coche y entré en la oficina. Le dije a Kate, mi secretaria, que cancelara las reuniones que tenía ese día y que no quería que nadie me molestara.

El día pasó volando y mi frustración por no poder dejar de pensar en mi mujer no desapareció.

Estaba prácticamente abstinente de sexo, dado que hacía una semana que no lo practicaba, y si lo pensaba bien, no había sabido lo que era meter la polla en un coño desde que me había casado.

Miré el reluciente anillo que llevaba en el dedo y me entraron ganas de tirarlo, pero apreciaba mi puesto. Me encantaba trabajar allí. Había dedicado mi vida a la empresa desde que tenía uso de razón. Me levanté rápidamente de la silla y salí de la habitación.

— Ya me voy. Mañana concretaremos las cosas — le dije a Kate al pasar junto a su mesa.

En vez de irme a casa, me fui a un pub a emborracharme. Llamé a mi amigo Willian y le pedí que nos viéramos.



CATORCE

SARAH

Pasé el día sintiéndome terriblemente mal. En cuanto llegué a casa, tomé un tentempié ligero y me fui corriendo a mi habitación. Quizá fue el hecho de no haber dormido bien la noche anterior lo que me hizo pasar el día con la cabeza pesada. Tras una ducha rápida, me fui a la cama. Lady pareció darse cuenta de que no me encontraba bien y se acurrucó a mi lado.

Miré la almohada de Dominic y deseé una vez más que fuéramos una pareja de verdad, para poder compartir mi día y mis sentimientos.

No sé cuánto tiempo permanecí inmóvil, incapaz de levantar la vista, y hasta que no cogí el móvil y vi la hora no me di cuenta. Iban a ser las nueve de la noche.

Por supuesto, la cama seguiría vacía a esa hora. Normalmente me acostaba a las once y él ni siquiera había aparecido.

Sintiéndome un poco mejor, saqué mi portátil e hice los cambios en mi trabajo que mi profesor me había sugerido. Mi día había sido intenso y, como no me encontraba bien, no había podido hacer gran cosa durante el día.

Culpé a la brillante luz del ordenador en la oscura habitación y a la falta de comida en mi estómago. Guardé el portátil y me levanté con más náuseas. Corrí al baño y expulsé todo lo que había comido a lo largo del día.

Tras unos minutos en el baño, y totalmente recuperado como si no acabara de vomitar, me rugió el estómago.

Dejé a mi perra tumbada en la cama en su nuevo sitio favorito: junto a la almohada de Dominic.

Voy a comer algo y vuelvo enseguida, amor. Me incliné y la besé en la cabeza.

Bajé bien las escaleras, pero cuando estaba a mitad de camino me sobresaltaron unas voces femeninas. Con el corazón casi saliéndose de mi cuerpo, bajé unos escalones más y cuando llegué al último, el suelo desapareció frente a mis pies mientras veía a Dominic apoyado en dos mujeres.

No pude evitarlo, las lágrimas brotaron de mis ojos como un torrente. El nudo que se me formó en la garganta me dolía tanto que no podía gritar qué coño era.

¡Me debía respeto!

Sabía que estábamos en un matrimonio sin amor ni deseo para ninguno de los dos, pero al menos le tenía respeto.

También sabía que nuestro matrimonio era una farsa a los ojos de la sociedad. Me lo había

dejado claro días después de la boda, pero... me dolía verle volver a casa con dos mujeres.

Otro hombre entró en la habitación, llevando su americana, y al verme se detuvo. Dominic levantó la cabeza en el mismo momento, sus ojos se encontraron con los míos, la sonrisa que apareció en su rostro me hizo sentir enferma de nuevo.

Giré mi cuerpo rápidamente y volví a subir las escaleras. No dejaría que me viera llorar más por aquella escena.

¡Bastardo!

Me encerré en mi habitación y con la rabia apoderándose de mi cuerpo, los sollozos estallaron en mi garganta mientras los dejaba salir.

Fui una idiota por hacerme ilusiones.

Saqué el móvil y busqué el número de mi madre, pero me detuve antes de hacer la llamada.

Estaba en ese matrimonio por la salud de mi padre y el bienestar de mi familia.

Recordé la escena de Lana llorando cuando se enteró de que papá estaba enfermo.

¡No!

Intenté tragarme las lágrimas y me dirigí al nombre de Soraya. Quería salir de allí. Miré el nombre de mi amiga durante unos segundos y desistí de llamar, porque ella no entendía por qué yo había aceptado la boda. Por no hablar de que cada vez que nos veíamos, ella me preguntaba cómo iba la boda y yo le omitía algunos datos.

Si le contaba la situación de hoy, estaba seguro de que armaría un escándalo para defenderme. No la merecía como amiga. Empecé a llorar de nuevo y dejé la guía telefónica.

Quizá sólo necesitaba despejarme un rato. Alquilaría una habitación de hotel y pasaría la noche allí.

Miré a mi cachorrita y lloré aún más. Por primera vez, no tuve fuerzas para cogerla y marcharme, dejándola allí.

Con mi bolso en la mano, salí de la habitación y mientras bajaba las escaleras sentí los ojos de la gente sobre mí. Aquel grupo de gente seguía allí. Dominic se levantó del sofá al verme y yo me limité a ignorarlo, dirigiéndome hacia la puerta de salida.

— Sarah... — Me llamó, pero le ignoré.

Abrí la puerta y la cerré con un golpe, que seguro que oyeron los vecinos de los otros pisos, ya que el ático era sólo nuestro... su casa.



QUINCE

DOMINIC

VAl verla salir furiosa por la puerta del piso, me dolió el corazón.
Fui un idiota.

— ¡Fuera de aquí! — grité a mi amigo y a las mujeres que ni siquiera sabía quiénes eran.

— ¿Así es como das las gracias, guapo?

— ¡Joder, Willian! — Aún tropezando, conseguí llegar hasta mi amigo, que tenía una sonrisa idiota en la cara. Eres un hijo de puta amigo.

Le agarré de la camisa, sujetándole con fuerza. Quería darle un puñetazo.

— Oye, cálmate, amigo.

— ¿Cálmate? ¡Joder! ¿Por qué trajiste a estas mujeres a mi casa?

— Me dijiste que necesitabas relajarte, así que pensé que no habría problema en terminar de disfrutar de la velada aquí.

— No lo habría hecho si fuera soltero, ¡pero estoy jodidamente casado!

— ¿Casado? — oí que preguntaba una de las mujeres.

Con una sonrisa libertina en la cara, solté a mi amigo y me volví hacia las mujeres, tendiéndoles la mano.

— Aquí está mi anillo de boda. ¿No lo has visto?

— Tu amigo dijo que estabas soltero. acusó una de ellas — señalando con el dedo a Willian.

— Sí, mintió. Y esa mujer que salió por esa puerta es mi esposa.

— Me dijiste que no vivirías de verdad este matrimonio. — dijo Willian, pasando a mi lado y dejando mi americana en el sofá. — Disculpad las molestias, chicas. Estoy soltero, si queréis podemos disfrutar de la velada juntos.

— ¿Quién sabrá si dices la verdad o no?

— Mira, no tengo un anillo de bodas en mi dedo.

Willian intentó por todos los medios persuadir a las mujeres para que se quedaran con él, pero accedieron a marcharse tras disculparse por el caos que habían contribuido a causar.

Me froté la cara con ambas manos, intentando recuperar la sobriedad, pero fue en vano. Todavía tambaleante, volví hacia el gran sofá. Willian me esquivó, tal vez por miedo a que le diera un puñetazo, pero en aquel momento sólo quería tumbarme. Cuando sentí la suavidad sobre

mi cuerpo, simplemente me desmayé.

Me desperté sintiendo algo húmedo en la boca, una sonrisa se dibujó en mis labios al imaginar que podría ser Sarah, burlándose de mí, sólo que cuando abrí los ojos, me encontré con una bola de pelo blanco.

Hace unos días habría luchado, pero aquel cachorro me había ablandado el corazón. Levanté la mano y acaricié la cabecita, apartándola de mí.

— Oye, jovencita, no me lamas.

Hice el movimiento de levantarme y sentí que la cabeza me iba a estallar. Solo en ese momento me di cuenta de que estaba en mi habitación.

¿Quién me ha puesto aquí?

Las escenas de la noche anterior volvieron a mí. Me quedé mirando el lado intacto de la cama y suspiré, maldiciéndome mentalmente.

— Sí, Lady. Creo que estoy en problemas.

No debería haberme preocupado que Sarah hubiera visto la escena de ayer, ya que había dejado claro que nuestro matrimonio era una mentira, pero no pude evitarlo.

— ¿Sabes qué, bola de pelo? No me voy a preocupar, estuvo mal volver a casa así, pero tengo la conciencia tranquila de no haber hecho nada... aunque quería.

El cachorro se acurrucó contra mí y volví a cerrar los ojos. Necesitaba calmarme o acabaría con la carrera de Willian.

El día anterior, había decidido salir a divertirme y le dije a mi amigo que me arrepentía, pero que podía aconsejarme que lo hiciera bien y no prendiera fuego al parque infantil.

De hecho, hubiera preferido ser soltero. Pero si me hubiera casado, le debía respeto a mi madre, después de todo no querría que mi padre le faltara al respeto.

Debí quedarme dormido un rato, porque me desperté con el olor del perfume de Sarah. Por un segundo pensé que era la locura de mi mente, pero verla frente al espejo mirándose hizo que se me congelara la mano... por primera vez en mi vida.

La falda negra le abrazaba perfectamente las caderas y el culo. Levanté la vista para admirar su espalda, cubierta por una blusa rosa, y cuando levanté un poco más la vista, vi que llevaba los labios pintados.

No sé si se dio cuenta de que la estaba evaluando, porque en ningún momento me miró. Lady seguía tumbada a mi lado y, con cuidado para no hacerle daño, la levanté y la apoyé de espaldas contra el cabecero de la cama.

Sarah hizo caso omiso de mi presencia y, tras terminar de arreglarse, cogió su bolso y salió de la habitación.

La recuerdo llorando anoche.

¡Ah, qué demonios!

Nuestro matrimonio es en realidad una mentira.

Me levanté de la cama y fui al baño. Sólo necesitaba una ducha caliente. Una vez aseado, bajé a desayunar. Si había algo que evitaba hacer, era comer fuera la primera comida del día.

Llegué a la cocina y encontré a Sarah comiendo y riéndose de algo con Martina. Tragué saliva y me acerqué a ellas, deseándoles buenos días.

Dom, le estaba diciendo a Martina que odias a Lady, pero que a ella no le importa y duerme contigo todas las noches.

¿Dom?

Por supuesto, estaba fingiendo, como siempre hacía delante de la gente.

— Ya no la odio.

— ¿Ah, sí?

— Sí.

Tensé la mandíbula. Aunque intentaba aligerar el ambiente delante de nuestra cocinera, notaba la pesadez de la atmósfera.

— Tengo que ponerme en marcha. Tengo algunos problemas que resolver.

Se levantó de la silla y se despidió de Martina. Estaba a punto de darse la vuelta cuando de repente se detuvo.

Como ya no odias a Lady, si tienes tiempo, llévala hoy a la tienda de animales. Me tocó el hombro y, aunque sonreía, pude ver que la expresión de su cara era de desprecio. Adiós, amor.

¿Amor?

No sabía qué me había aturdido más. Si llamarme Dom, llamarme amor o pedirme que llevara la bola de pelo al salón. Terminé de comer y volví a mi habitación.

— Mira, bola de pelo, sé que empezamos a tener una buena relación, pero no abuses de mi amabilidad.

Me senté en la cama y busqué una peluquería canina. *¿Tendría que ir también a una consulta médica?* Tras unos minutos buscando un lugar que ofreciera un baño y una consulta, por fin encontré uno.

— Vamos, chica. Tu madre parece odiarme en este momento, así que vamos a intentar extender la bandera blanca.

Era un día ajetreado en Davis, pero por culpa de Lady, cambié toda mi rutina. La clínica estaba en las antípodas de mi ruta. Podría haberle pedido a Santiago que la llevara después de salir de la empresa, pero quería ver por mí mismo si era un lugar decente para dejar una *bola de pelo*, así que la llevé yo mismo.

Pasé la mañana desbordado de tareas y, por más que quería recoger a la perrita, esta vez le pedí al chófer que la recogiera y la trajera de vuelta a la oficina.

Estaba comiendo un bocadillo cuando Kate anunció la presencia de Santiago. Entró con una caja de animales en la mano y me apresuré a recibirla.

— ¿Por qué la metiste ahí? — Abrí la puertecita y saqué a Lady.

— Me lo dieron así, señor.

— Cierto. Gracias, amigo.

Despedí al conductor y volví a comer con Lady en mi regazo. Su pelaje parecía aún más blanco y el lacito que llevaba en la cabeza era una monada.

Un rato después, la soltaron en la oficina y lo primero que hizo fue orinarse en el suelo.

— ¿Qué te dije antes para que no abusaras de mi amabilidad, eh?

Cogí el teléfono de la mesa y le pedí a Kate que me trajera algo para limpiar el suelo mojado, pero me dijo que enviaría a la señora de la limpieza.

Después de la travesura de Lady, se subió al sofá y se pasó el resto de la tarde durmiendo. Concentrado en el trabajo, conseguí terminar pronto y me fui a casa antes de las siete. Aún tenía que resolver el malentendido de ayer. Sé que cometí un error, y por mucho que no quisiera estar en ese matrimonio, nunca metería a otra mujer en casa.



TENS

SARAH

No iba a dejar que la situación de la noche anterior me afectara tanto. Me repetí innumerables veces mientras conducía por las calles del barrio antes de parar en un hotel, que me había creado expectativas por mi cuenta, sólo porque habíamos tenido sexo una vez desde que nos casamos.

Dominic realmente no parecía recordarme, ya que nunca mencionó el tema.

Si quería indiferencia en la boda cuando estuviéramos solos, lo haría con mucho gusto.

Sólo seguiría casada hasta recuperar la parte de la empresa de mi familia que dirigía Davis.

En cuanto Anderson estuviera bajo mi autoridad, pediría el divorcio.

Aunque salí del piso hecha una furia, en el hotel pude pensar con claridad.

Al día siguiente de la icónica escena, le pedí que llevara a Lady a una tienda de animales sólo para tomarle el pelo, pero no esperaba que realmente accediera a mi petición. Ese mismo día, cuando llegué a casa, encontré a mi perra toda maloliente y tirada en su cama.

Podía exigirle que durmiera en otra habitación, pero no quería llamar la atención del personal de la casa. No tenían por qué saber que nos estábamos peleando.

Dominic había pasado la noche en el despacho de su casa, y esta vez no cerró la puerta.

Mi dolor de cabeza había desaparecido, lo que me hizo pensar que mi malestar del día anterior se había debido a una noche de insomnio.

El problema fue que a mitad de semana, cuando fui a visitar a Soraya por la tarde, volví a ponerme enferma después de comer una macedonia de frutas.

Corrí al baño desesperada, o acabaría con la alfombra de su salón.

— ¿Qué tienes, amiga?

— Soraya se acercó por detrás y, al ver mi estado, con la cabeza casi en el retrete, me agarró del pelo.

— ¿Has comido algo malo hoy?

— No. Mi desayuno fue ligero, y el almuerzo también, porque no tenía hambre. Conseguí responder después de calmarme.

Cerré el inodoro y tiré de la cadena, dirigiéndome al lavabo para lavarme la boca y la cara.

Coge mi bolso, por favor.

Siempre llevaba un kit de enjuague bucal y necesitaba urgentemente quitarme el mal sabor de boca.

— ¿Te encuentras bien?

— No sé. El domingo también vomité, pero fue por el fuerte dolor de cabeza que tenía.

Pongo la pasta de dientes en el cepillo y me lo meto en la boca.

— ¿Y tu menstruación?

Dejé de frotarme los dientes y miré a mi amiga a través del espejo.

— Sé que sólo lleváis quince días casados.

No se daba cuenta de que Dominic y yo éramos prácticamente extraños en la casa. A menudo quería desahogarme, después de todo para eso están los amigos, pero quería evitar que me sermoneasen. Primero necesitaba tomar posesión de lo que pertenecía a mi familia, luego podría pensar en mí.

— Quince días antes...

Parpadeé, recordando que llegaba tarde.

— ¡Dios mío, Sarah!

— Dios mío.

Me enjuagué la boca a toda prisa y guardé los objetos, corriendo al salón y comprobando la fecha en mi móvil. Luego abrí la aplicación donde anotaba los días de mi ciclo.

La desesperación se apoderó de mí y empecé a temblar.

— No puede ser verdad.

— No puede ser posible.

— Necesito una prueba de embarazo. No puedo estar embarazada.

Respira e intenta mantener la calma. Iré a la farmacia por ti, hay una cerca.

Me limité a negar con la cabeza.

Durante el tiempo que estuve sola en casa de mi amiga, me moví de un lado a otro intentando tranquilizarme.

El embarazo en aquella época no era bueno.

Dominic y yo no teníamos una relación estable, por no mencionar el hecho de que él parecía no soportarme. Lo único que no necesitaba era un embarazo en ese momento.

En cuanto Soraya volvió de la farmacia, le arrebaté la bolsa de las manos y corrí al baño. No podía tener tan mala suerte como para quedarme embarazada de la primera persona con la que mantuviera relaciones sexuales.

— ¡No es posible!

Seguí todas las instrucciones de la caja del producto y esperé sin apartar los ojos de la prueba.

— EMBARAZADA - 3 - 4 semanas.

Aún temblando, incapaz de controlar mis sentimientos, se me humedecieron los ojos.

— ¿Sarah? — Los golpes en la puerta del baño me sacaron de mi trance.

Quedarme encerrada en aquel baño no iba a solucionar mi situación, así que sin ocultar mi conmoción ante la confirmación de lo que ya estaba segura, abrí la puerta y cuando me enfrenté a mi amiga, las lágrimas brotaron a borbotones. Soraya me abrazó con fuerza.

— Mantén la calma, amigo. Shiii... todo irá bien.

— Sólo llevo quince días casada y estoy embarazada.

— Sucede.

Un poco más tranquila, cogí la prueba del cuarto de baño y se la entregué.

— La prueba demuestra que no te quedaste embarazada durante la boda.

Sacudí la cabeza en señal de negación. Ya había comprobado en la aplicación que tenía la regla una semana antes.

Volvimos al salón y me senté en el sofá para intentar controlarme. Un vaso de agua y unos minutos en silencio, logré organizar un poco mis sentimientos.

— Ahora tengo que hablarle de nuestro encuentro antes de la boda.

— Debería haberlo hecho ya.

— Lo sé, pero lo dejé pasar. Nunca imaginé que pasaría algo así.

Soraya me cogió de la mano.

— Tu vida es una locura, lo sabes. Y también sabes que no puedo aceptar el hecho de que tuvieras que casarte con un extraño. Los sentimientos importan cuando piensas en construir una familia.

Sonreí débilmente.

— Familia. Eso es exactamente por lo que estoy en este matrimonio.

— No te preocupes, Sory. Aunque fue un matrimonio arreglado, Dominic y yo nos llevamos bien.

— Lo sé, me lo has dicho y eso sólo me tranquiliza.

Le acaricié el dorso de la mano.

— Me alegro de que queden pocos meses para graduarme.

— ¿Cuándo se lo dirás?

Evité mirar a mi amiga a los ojos, de lo contrario habría sabido que la máscara que me había puesto en la cara era mentira.

Sé que no puedo ocultarlo durante mucho tiempo, pero primero necesito digerir la información.

Hablamos largo rato y a primera hora de la tarde volví a casa. Sin apetito, me di una ducha y me tumbé en la cama. Ni siquiera miré la hora, y mucho menos me pregunté dónde estaría Dominic.



DIEZ

DOMINIC

SPodía sentir la indiferencia con la que Sarah me trataba. Evitaba estar en la misma habitación que yo cuando estaba despierta. Cuando Martina me dijo que no había desayunado, empecé a sentirme extraño.

Una mañana, como todas las demás, me quedé más tiempo en la cama y cuando ella se levantó y fue al baño, me senté en la cama para vigilarla.

Sabía que no tenía derecho a cobrar nada, pero aun así preguntaba.

En cuanto Sarah regresó al dormitorio, envuelta en su bata, mi corazón latió más deprisa. La mujer empezó a maquillarse en el enorme espejo del dormitorio; podría haberlo hecho en el cuarto de baño, pero siempre utilizaba aquel espejo. Su mirada se cruzó con la mía varias veces, pero permaneció en silencio.

— ¿Por qué no comes más por la mañana?

— Desde cuándo te preocupas por mí? — Sarah respondió a la pregunta sin mirarme siquiera.

— Tienes que comer o podrías enfermar.

Permaneció en silencio. Dejó el espejo y entró en el vestidor. Mientras estaba allí, Lady se acercó a mi lado de la cama y ladró para que la levantara.

— Eh, jovencita, esa de ahí es tu cama. — Aunque la regañé, cogí aquella bola blanca de pelo y la puse en el lado donde dormía Sarah.

Observé cómo la hermosa mujer volvía al dormitorio. Jamás en mi vida habría imaginado que estaría casado, durmiendo junto a una hermosa mujer sin poder tocarla.

Claro, podría estar besándola todos los días, pero era un gilipollas. Por culpa de mi ego, por tener mi vida personal determinada por mi padre, acabé diciéndole palabras duras a Sarah.

Me pasé la mano por la cara.

Por más que al principio había decidido que no viviría ese matrimonio de verdad, me vino a la memoria una conversación que tuve con ella en casa de mi padre, en la que me dijo que su felicidad no le importaba y repitió lo que yo le había dicho hacía unos días: *que no tenía ningún interés en ella*.

El problema fue que, a medida que vivíamos juntos, me fui interesando. Quería tener a esa mujer en mi cama, no sólo para acostarme con ella.

El objetivo de nuestros padres era convertir la cadena hotelera en la mayor del mundo. Me encantaba trabajar y lo deseaba, así que sabía que las posibilidades de salir de aquel matrimonio en menos de un año eran casi nulas.

— ¿Podemos hablar? Me acerqué a ella antes de que saliera de la habitación.

— ¿Y Dominic? Mira, no quiero enfadarme. Ya sé lo que piensas de nuestro matrimonio y sigo el acuerdo, así que no creo que tengamos nada de qué hablar.

Me quité la manta de las piernas y, sin importarme que sólo llevara puestos los pantalones, salí de la cama.

— Sobre esa noche...

— No me interesa. Tú misma has dicho que nuestro matrimonio es una farsa, que no tienes ningún interés en mí y que te casaste bajo la presión de tu padre. Así que supongo que puedes hacer lo que quieras ya que no te consideras casada.

Fue dura con sus palabras al recordar todo lo que le había dicho.

— En ningún momento dije que saldría con otra persona. No voy a decir que se me haya pasado por la cabeza, pero pienso en mi madre y nunca me gustaría que mi padre le hiciera eso — le contesté.

No era eso lo que parecía cuando llegó apoyado por dos mujeres. Tenía una sonrisa libertina en la cara.

— Siento lo de aquella noche.

Tengo que irme. Se dio la vuelta para irse, pero le agarré del brazo.

No me quedé con esas mujeres, Sarah. Fue sólo un malentendido.

No tienes que darme explicaciones, Dominic. Ya ha pasado, ahora tienes que vivir con las consecuencias. Si hay algo que se me da bien es aprender cosas fácilmente, y tú has sido un gran maestro en indiferencia.

Sarah me soltó la mano y salió de la habitación, dejándome solo, pensando en nuestra conversación.

Pasaban los días y seguía tratándome con frialdad cuando estábamos solos. Me estaba volviendo loco, porque quería que me dedicara la misma sonrisa sincera que le dedicaba a Martina o a nuestros padres. El problema era que las sonrisas que recibía eran de farsa, al igual que los toques en mi mano y las miradas cariñosas.

Pronto íbamos a tener una reunión de empresa como pareja, y ya no podía disimular lo incómoda que era la situación. Quería admirar a Sarah burlándose de mí en lencería en el dormitorio, pero ya no me quedaba más remedio.

Me di cuenta de que, además de no comer por la mañana, comía menos de lo habitual por la noche. No quería ser una obsesa del control, pero me preocupaba la salud de las personas. Con ella no iba a ser diferente.

— ¡Oh, qué susto!

Llevaba quince minutos sentado en el banco de la cocina. Normalmente llegaba más tarde y la encontraba ya en la cama, pero ese día decidí cambiar mi rutina.

— No era mi intención. Siéntate para que podamos comer juntos.

— Sólo he venido a por un vaso de leche, no te molestaré.

— Necesitas comer y además, no me molesta, Sarah.

La mujer se quedó mirando la nevera abierta. Esperaba que lo negara, pero me sorprendió su información.

— Estoy embarazada.

Parpadeé varias veces.

— ¿Cómo?

— Seguro que ya lo has oído. No lo repetiré. Bueno, es por eso que mi apetito está fuera de control.

Sudando frío y con el corazón palpitante, la miré confuso.

— ¡Espera! No es posible. Ese día, usamos condones y... ¿Te casaste embarazada del hijo de otro tío?

La ira invadió mi cuerpo.

La idea de que otro hombre la tocara hizo que mi ira creciera aún más.

La mujer parecía enfurecida mientras cerraba de un portazo la puerta del frigorífico.

— ¡Eres un gilipollas!

Y un cornudo. Eso es lo que quería decir, pero si ella se involucró antes de la boda, entonces yo no era un cornudo.

Sarah salió dando pisotones de la cocina y yo la seguí. No podía soltar esa información así y dejarme sola como si no hubiera pasado nada.

— ¡Sarah! — dije en voz alta.

— ¡Ya basta! — Gritó, alterada. — Había olvidado que bebes tanto que no sabes lo que haces.

— ¿De qué estás hablando?

Mira, Dominic, la única razón por la que no me divorcio de ti ahora es porque voy a dar mi sangre por la empresa de mi padre.

La palabra divorcio fue un shock para mí y, por primera vez, me di cuenta de que si ya no la tenía, mi mundo se haría añicos.

Sólo llevábamos un mes casados, ¿cómo podía estar tan alterada? Me quedé mirando cómo subía corriendo las escaleras.

¡Estoy embarazada!

Embarazada.

Debo estar loco, eso seguro.

Sacudí la cabeza, tratando de no creer la información que me había dado. Me acerqué al carrito de las bebidas y cogí la botella más fuerte de mi escondite, abrí el tapón y bebí del cuello.



DIECIOCHO

SARAH

A La lágrima que corrió por mi mejilla era de rabia. Debería haber sabido cómo iba a reaccionar, pero aun así me molestó. Me enfadé conmigo misma por esperar siempre que actuara de algún modo que me ablandara el corazón, pero en lugar de eso se comportó como un gilipollas, como siempre.

¿Cómo puedes acusarme de casarme con el bebé de otro?

En cuanto entré en la habitación, grité de frustración y fui directa al baño. Una ducha me calmaría.

Había pasado un mes desde que nos casamos y aún no había mencionado que me conocía, claro que no se acordaba.

Dejé que el agua me empapara hasta el pelo, era tarde y no tenía intención de irme a dormir, ya que últimamente el sueño se había apoderado de mi cuerpo, pero necesitaba ese baño.

Un poco más tranquila, salí de la ducha y me envolví la cabeza con una toalla. Encendí el secador y me miré en el espejo. Aún no se me notaba la barriga, pero dentro de un rato mi cuerpo cambiaría.

El vapor del secador y el ruido me irritaban, así que lo apagué, decidida a tumbarme un rato para volver a relajarme.

Cuando entré en la habitación, vi a Lady tumbada junto a la almohada de Dominic. Se había encariñado con él demasiado rápido y últimamente, él la trataba con una amabilidad que a veces me hacía pensar que tenía corazón debajo de ese caparazón de imbécil. Varias veces la vi entrar en la oficina cuando Dominic trabajaba allí.

Este es tu lugar favorito de la casa, ¿verdad? Le acaricié la cabecita y sonreí. No era culpa de Lady que yo estuviera de mal humor o enfadada. Vas a tener un hermanito o una hermanita y eso altera el humor de mamá, pero ya pasará.

Seguí acariciando al cachorro mientras mantenía los ojos cerrados.

En algún momento me quedé dormida, porque me desperté sobresaltada por el dolor en el cuello. Me echaron un edredón sobre las piernas y, cuando levanté la vista, vi a Dominic dormido en el sillón frente a la cama.

Tan guapo y caliente, pero tan gilipollas.

Mis pensamientos volvieron a arremolinarse mientras miraba fijamente a aquel hombre, y para no estresarme de nuevo, me metí en la cama, aunque tenía el pelo húmedo, me limité a forrar la almohada con la toalla y cerré los ojos para volver a dormir.

A la mañana siguiente, me desperté con Lady lamiéndome la cara y el insistente timbre de

mi teléfono móvil.

¿Había dormido tanto?

Ver el nombre de mi madre en la pantalla de mi teléfono me puso nerviosa.

— Hola, mamá.

— Hola, niña, ¿te desperté? Lo siento mucho.

— No pasa nada, hoy he faltado a mi cita. ¿Se encuentra bien?

— Sí que lo está. Pensé que estarías en la consulta porque acabamos de salir del médico e iba a venir a verte.

Comprobé rápidamente la hora y me sobresalté al ver que eran las 11 de la mañana.

Me quedé dormida.

— Sólo voy a la empresa por la tarde, tengo que terminar algunas cosas de la universidad. ¿Va todo bien con papá?

Me estaba convirtiendo en un maestro de la mentira y no me gustaba nada. Quería volver a vivir mi vida sin mentiras.

— Está bien, el médico le ha hecho otras pruebas y en un mes empezará el tratamiento.

— Qué bien.

Ve con Dominic a cenar esta noche.

Cerré los ojos con fuerza. No quería fingir que todo iba bien aquella noche. Realmente quería disfrutar de la habitación, donde podía ser yo misma.

— Tengo que consultar con él si tiene cita, ya te diré si vamos.

Tras unos minutos más de charla, colgué la llamada y dejé el móvil sobre mis piernas. Mi mirada se dirigió al sillón y el recuerdo de un hombre durmiendo torpemente volvió a mi mente.

Dominic intentó hablar conmigo al día siguiente sobre la información que le había dado, pero le evité y así siguió durante los días siguientes.

— Llevas diez días sin hablarme, ¿hasta cuándo vas a seguir evitándome? Me sobresalté cuando apareció en el cuarto de baño mientras me relajaba en la bañera.

— Hasta cuando yo quiera.

Podía oír su fuerte respiración.

— No te voy a obligar a nada. Esperaré mi momento, y cuando quieras hablar, llámame. Pero, por favor, empieza a comer bien otra vez.

El hombre salió del baño y pude calmarme. La voz dulce y tranquila de Dominic me inquietó. ¿Qué estaba tramando?



DIECINUEVE

DOMINIC

NAquella noche me enteré de que mi mujer estaba embarazada, me entregué a la bebida y, a cada sorbo, escenas de mi pasado volvían a mí como un flash.

No solía pensar en lo que había pasado, y mucho menos en las mujeres con las que me había liado, pero la escena de la última fiesta de inauguración en uno de nuestros hoteles volvió como una avalancha a mi mente.

La mujer a la que ayudé a olvidarse de la vida con un poco de buen sexo era ahora mi esposa.

No quise creer aquella información y seguí bebiendo hasta altas horas de la madrugada. Cuando llegué al dormitorio grogui, me senté en el sillón y la admiré durmiendo.

Incluso borracho, todo parecía tener sentido.

"Olvidé que no recuerdas las cosas cuando bebes".

Esa frase dice mucho.

Así que sabía quién era yo y seguía sin hablarme.

Podría discutir con ella, acusándola de engañarme, pero en el fondo sabía que era yo el equivocado.

Debería haberme enfadado y marchado, pero me limité a echarle una manta por encima para darle calor y volví a mi silla. Mañana sería un nuevo día y entonces podríamos hablar y resolver los problemas.

¿En qué me he metido a los treinta y un años?

Un matrimonio concertado.

Un hijo hecho en una noche imprudente.

Me pregunto si tenía que ser así, porque nunca he dejado de usar preservativos con mis parejas, pero ese día...

Ah... ¡Joder!

Me desperté sobresaltada cuando su voz en mis sueños parecía tan real.

"¿Puedes enseñarme? Nunca lo he hecho"

Tuve sexo con una virgen sin condón.

Dos cosas que nunca hice en mi vida.

Y por alguna razón recordar todos esos acontecimientos me hizo sentir diferente y ahora

entendía la repentina preocupación que empecé a tener por ella y el amor por su mascota.

Sabía que no cambiaríamos de la noche a la mañana y que no la amaría de repente sólo por esa información, pero estaba dispuesto a intentar que el matrimonio funcionara.

Pero Sarah no cooperó. Me evitaba y, por mucho que quisiera presionarla, decidí esperar mi momento.

Le pedí a Martina que se asegurara de que Sarah comiera bien por las mañanas y que, si no lo hacía, me avisara. Para dar tiempo y espacio a mi mujer, siempre tomaba café después de que se fuera a la universidad.

La reunión en la que tuvimos que presentar juntos fue muy bien, ya que nuestros padres también participaron, por lo que hicieron la mayor parte de las intervenciones, y ese día no pudimos negarnos una comida familiar.

— ¿Va todo bien? — pregunté cuando Sarah se detuvo de repente mientras caminaba hacia su coche en el aparcamiento.

— Sí.

Antes de que pudiera decir nada más, corrió a la parte trasera de un coche y empezó a vomitar. Preocupado al verla en esa situación, corrí hacia ella para intentar ayudarla.

— No me mientas — dije con calma, mientras le quitaba la bolsa de la mano.

Sarah pasó unos buenos minutos con la cabeza gacha vertiendo una buena cantidad de líquido.

— Cancelemos el almuerzo — le dije, porque ella necesitaba un descanso.

— ¡No! Querrán saber por qué.

— Dinos por qué, entonces.

Me miró en silencio.

— ¡Mierda! Sabía que nuestro matrimonio era una farsa, pero ese embarazo no lo era y ella no podía ocultarlo.

— Hoy no.

— Así que vayamos primero al hospital.

No. Tengo medicina para el mareo en mi bolso, me la tomaré y todo irá bien.

Respiré hondo.

— Acompáñame y el chófer te llevará el coche a casa.

Ella se limitó a negar con la cabeza. Si reaccionó así, es porque no estaba en condiciones de conducir.

El almuerzo transcurrió sin contratiempos y, por primera vez, mi preocupación por ella no era una farsa. La mirada afectuosa y la sonrisa que le dediqué eran reales.

Jugué al ajedrez con Lana, y lo que se suponía que iba a ser una partida rápida acabó alargándose una y otra vez. La verdad es que me hubiera gustado llevármela antes, pero ver a su

hermana divirtiéndose conmigo hizo que Sarah esbozara una enorme sonrisa, lo que la animó a seguir jugando y ganarme.

Verlos interactuar me hizo pensar en cómo sería tener un hermano al que amar con locura.

Mamá estaba charlando con mi suegra en el salón mientras tomaba una taza de té y el susto de la caída de una taza llamó la atención de todos, pero fue el grito de mi padre lo que llamó mi atención.

— ¡Donna!

— ¡Mamá!

Me levanté del banco a una velocidad desconocida para mí. Verla desmayarse me desesperó. Lo que ocurrió a continuación fue demasiado rápido, la levanté y corrí a meterla en el coche, con mi padre ya dentro para apoyarla.

Me sentía como si estuviera viviendo una escena de una película. Como si ese momento de desesperación se estuviera mostrando a cámara lenta, a medida que la desesperación crecía.

Conduje rápidamente hasta el hospital más cercano. Escuchar decir al médico que si tardaba unos minutos más, tal vez no podría salvarle la vida me destrozó. Aunque no estaba muy unida a mis padres, y a veces me peleaba con mi padre por querer decidir sobre mi vida, ellos lo eran todo para mí.

Mi padre la acompañó a hacerse pruebas, mientras yo intentaba calmarme un poco. Aunque sabía que estaba mal de salud, no estaba preparada para ese tipo de sustos.

¡Dominic!

La voz de Sarah en aquel pasillo del hospital me desestabilizó y empecé a llorar de nuevo sin control. Ella me abrazó con fuerza, intentando calmarme, y por primera vez supe con certeza que no quería a aquella mujer fuera de mi vida.



VEINTE

SARAH

Asistir a la desesperación de Dominic cuando se dio cuenta de que su madre se había desmayado me desesperó. Después de todo, mi padre estaba enfermo y yo no sabía cómo reaccionaría si se desplomara delante de mí.

Aquel hombre frío con el que compartí mi vida sí tenía corazón, y si algo valoraba en alguien era el amor a la familia.

Después de dejar a mi madre y a Lana en casa, fui al hospital con mi padre. No tuve tiempo de llamar a Dominic, así que mi padre llamó a Donald y él le pasó la información.

Necesitaba saber cómo estaba Donna, sentía que mi corazón iba a explotar, tan asustada estaba de que algo realmente malo hubiera sucedido. Ver a Dominic solo en el pasillo, paseándose de un lado a otro me inquietó.

Me necesitaba en ese momento, así que me tragué mi orgullo y le llamé por su nombre mientras caminaba hacia él.

Le abracé con fuerza, y toda aquella demostración de afecto me puso nerviosa. Su llanto me estrujó el corazón.

Nunca le había visto tan vulnerable como ahora.

— Todo irá bien — susurré.

Pasamos unos minutos más abrazados en silencio.

— Gracias por venir, Sarah.

Papá también abrazó a Dominic y le dijo palabras de consuelo. Mantuve mi mano entre las suyas mientras esperábamos noticias.

Podía sentir su nerviosismo y su miedo.

Pasó una hora antes de que Donald apareciera, tranquilizándonos sobre el estado de su mujer. Había sufrido un derrame cerebral leve, pero tras muchas pruebas, los médicos tranquilizaron a Donald. Estaría en observación unos días y pronto le harían más pruebas.

Como estaba durmiendo con medicación, Dominic no quería entrar en su habitación y, ante la insistencia de su padre, dijo que podía irse a casa y volver en dos o tres horas. Mi marido no quería, y yo me quedaría allí con él en esa situación, aunque me sintiera mal, pero me miró en silencio y sólo accedió a irse, diciendo que volvería cuando su padre le llamara. Mi padre se quedó un poco más con Donald y nos fuimos, conmigo en el asiento del conductor a pesar de las protestas de Dominic.

— Gracias de nuevo, Sarah — dijo en cuanto entramos en la habitación.

— No hace falta que me des las gracias. Por supuesto que estaría a tu lado en una situación así.

Pasara lo que pasara, no le daría la espalda cuando se tratara de la salud.

Necesitas descansar. Date una ducha y acuéstate, y te traeré un tentempié. Me dedicó una débil sonrisa.

También necesitas descansar, seguro que tus emociones se han visto sacudidas por el susto y necesitas estar relajada cuando vayas a conocerla. Usa el baño primero, espero.

Se limitó a asentir y entró en la habitación, dejando la puerta abierta. Aproveché que estaba en la ducha y fui a la cocina. Necesitaba que lo cuidaran tanto como yo. Le pedí a Martina que preparara un té calmante y le puse la merienda en la bandeja, mientras le contaba el susto que habíamos tenido.

— ¿Quieres que te ayude a cargar?

Me había pasado con la comida, pero podía soportarlo.

— Me lo llevaré conmigo. Gracias — le devolví la cálida sonrisa que me dedicó.

Cuando volví al dormitorio, Dominic sólo llevaba pantalones de chándal. Su pecho desnudo me dio ganas de tocarlo y besarlo, pero me concentré porque no era el momento de pensar en cosas sucias. Y no podía olvidar que era un gilipollas, no iba a engañarme otra vez.

Le dije que iba a por la merienda. Vino hacia mí y me quitó la bandeja de las manos.

— No me costó nada. Le pedí a Martina que te hiciera un té, así que bebe y toma un poco.

— Lo espero.

Su mirada evaluó mi reacción. Estoy segura de que esperó a que dijera que no, pero acepté y me metí en la ducha. No tenía hambre, pero para no preocuparle más, me tomaría el zumo y comería algo.

Volví al dormitorio y evalué la escena de Dominic con Lady. Estaba sentado en el suelo, de espaldas a la puerta del baño y con el cachorro en el regazo, cerca de la cara hablando en susurros que yo podía oír.

Necesito que me ayudes a ganarme a tu madre. Sé que fui una persona terrible para ella, pero no salí con esas mujeres. Willian era un imbécil, decidía las cosas por mí. No he vuelto a verle desde aquel día, porque primero tengo que arreglar las cosas en casa.

Con una sonrisa tonta en los labios, seguí mirando. Besó su cabecita y volvió a hablar.

— ¿Sabes cuál es el peor lío en el que me he metido? Acusarla de estar embarazada de otro. Soy un idiota por no acordarme de ella la primera vez que la vi como mi pretendiente.

Abrí mucho los ojos al oír eso. ¿Se acordaba? Incapaz de quedarme ahí escuchando en silencio, decidí volver al baño, sólo para que Lady se diera cuenta de mi presencia y ladrara, haciendo que Dominic mirara hacia atrás y sonriera de una manera que hizo que mi corazón se estremeciera.

Perdón... — Me miré los pies, avergonzada de estar escuchando a escondidas.

Dominic se levantó, dejando al perrito en su cama, y se acercó.

— ¿Comemos?

Estaba segura de que se había dado cuenta de que yo había escuchado la conversación, pero siguió fingiendo que no había pasado nada. Merendé bajo su mirada.

Come un poco más, este trozo de tarta solo no será suficiente para los dos.

Mi mirada se clavó en la suya. No sabía qué decir ni cómo reaccionar ante su repentina preocupación.

— Estoy bien, prefiero comer poco a llenarme el estómago y volver a enfermar.

— VALE. Entonces ve y acuéstate un rato.

— ¿Llamó tu padre?

— Todavía no. Pero no ha pasado ni una hora desde que llegamos.

— Cierto. — Sonreí torpemente. — Descansa un poco también.

Desde que le conté lo del embarazo, Dominic dormía en el sillón frente a la cama. No sé cómo se las arreglaba para descansar. Nunca lo cuestioné, porque fingía no saberlo, después de todo, siempre me acostaba antes que él y me despertaba después.

Dominic accedió, se levantó de la cama donde estábamos sentados comiendo y, tras dejar la bandeja en la mesilla, se dirigió al sillón.

Me tumbé en mi sitio en la cama y, sin poder relajarme porque pensaba en lo incómodo que estaría Dominic, me incorporé de repente y le miré.

— ¿Sientes algo? Vi pavor en sus ojos cuando miró en mi dirección.

— No puedo dormir. Mi cabeza está demasiado inquieta.

— ¿Quieres que le pida a Martina que prepare té?

— Negué con la cabeza, incapaz de apartar la mirada de él.

— Túmbate en la cama conmigo.

Sus ojos brillaron, como si hubiera aparecido una llama de esperanza.

— ¿Segura?

— Así es.

Sin hacer más preguntas, se acercó a la cama y se tumbó. Nos tumbamos uno frente al otro, yo no podía controlar mi respiración nerviosa al estar tan cerca de él, pero sabía que no era el momento de mezclar las cosas. No podía ceder tan fácilmente.

— ¿Puedo ponerte la mano en la barriga?

Su petición me puso nerviosa, pero asentí con la cabeza. Cerré los ojos. Un simple gesto era capaz de aportarme la tranquilidad que necesitaba para relajarme.



VEINTIUNO

DOMINIC

Estaba eligiendo una corbata para ponerme ese día cuando sentí el olor del perfume de Sarah invadiendo el armario. Miré hacia la puerta y allí estaba ella, guapísima con un vestido verde oscuro.

Desde nuestro momento de complicidad el día que mi madre enfermó, ya no habíamos actuado así, pero sentía que algo estaba cambiando en nosotros.

El mero hecho de volver a dormir en su cama, oliendo su aroma, era maravilloso. La verdad es que nunca me prohibió usar la cama, pero pensé que era el castigo que me merecía por haber sido un gilipollas con ella y esperé a que le llegara la hora de volver.

— Buenos días. — la saludé con una sonrisa en la cara, como todas las mañanas.

— Buenos días. ¿Tienes la agenda ocupada hoy?

Me pareció extraña esa pregunta, después de todo, no compartíamos nada de nuestras vidas. Tenía muchas ganas de hacerlo, pero no me equivocaría con ella. En primer lugar, quería ganarme su confianza. Quería darme cuenta de que me quería, igual que yo a ella. No la amaba, pero me gustaba.

— Un poco. ¿No te sientes bien?

Le miré la barriga, que seguía sin asomar, y volví a mirarla.

— Estoy bien. Sé que dudas de que el niño sea tuyo...

Sarah... — Dejé la corbata a un lado y me acerqué a ella. — Llevo mucho tiempo queriendo hablar contigo de esto, pero tú no quieres, así que he esperado tu momento. Pero no puedo esperar más, sabiendo que sigues pensando así.

Sólo quería tomarte el pelo, sé que sabes la verdad. Escuché tu conversación con Lady. Se mordió el labio inferior. Siento haber escuchado.

Sonreí, admirando su timidez. Le toqué la cara, llevándole el pulgar al labio para quitárselo de los dientes.

— Me disculpo por no recordar nuestro momento.

Si me quedaba tan cerca de ella por más tiempo, no podría controlarme y la besaría con ansia, para que sintiera cuánto la deseaba. Así que, volviendo al control que había aprendido a tener, aparté la mano de su cara.

Si quieres, podemos hablar más esta noche.

Vale, no podemos evitarlo más.

De acuerdo. Entonces... ¿por qué quieres saber si mi día está lleno? Estoy preocupada.

No te preocupes. Aprecio tu sonrisa angelical. Tengo un examen esta tarde y me preguntaba si te gustaría acompañarme.

¡Quiero! Claro que quiero, ¿qué hora es?

— A las 4pm. Te enviaré la ubicación de la clínica.

— Antes de eso, ¿dónde estarás?

— En la oficina de Anderson.

— ¿Puedo recogerte allí para que vayamos juntos?

Ella asintió con la cabeza y yo sonreí agradecida, feliz de que estuviéramos haciendo progresos. Sarah se despidió y volvió a dejarme solo en el armario. Mi corazón llevaba un rato latiendo de forma extraña y eso me hizo sonreír. Dejé a un lado la corbata gris que había elegido y cogí la rosa. Era la primera vez que me la iba a poner.

El día transcurría sin que pudiera concentrarme en nada, ya que mi nerviosismo no hacía más que aumentar a medida que pasaban las horas. En cuanto llegué a la oficina, le pedí a Kate que cancelara mis citas de la tarde, pues no quería retrasarme y arriesgarme a llegar tarde.

Sarah dijo que era un examen, pero ¿qué examen sería?

¿Se encontraba mal ella o el bebé?

El embarazo seguía siendo un secreto para todos, ya que Sarah quería esperar y yo no quería presionarla. Aproveché la tarde libre y me fui a comer con mi madre, aprovechando que estaba fuera del hospital, y luego, en lugar de volver a Davis, me fui directamente al despacho de Anderson.

Fui a recepción y les dije que quería hablar con Sarah y, para mi sorpresa, ya me habían dejado entrar.

Cada pequeño detalle hacía crecer mi expectación y mi esperanza. Entré tras llamar a la puerta y ver la sonrisa de sorpresa en la cara de mi mujer me hizo feliz.

— Todavía falta una hora. Caminó hacia mí.

— Lo sé, pero quería asegurarme de no llegar tarde. Puedes seguir trabajando, te prometo que no te estorbaré. — Me senté en el sofá de la esquina.

— Ya que estás aquí, ¿puedes ayudarme con una hoja de cálculo? — Una arruga se formó en medio de sus cejas al hacer esa petición.

— Por supuesto.

Pasamos los siguientes minutos resolviendo un problema en una de las mesas. Trabajamos tan bien juntos que en ningún momento pareció que nos peleáramos. El olor de su perfume era combustible para mi buen humor.

Llegamos a la clínica con media hora de retraso, lo que no supuso ningún problema, ya que nos atendieron rápida y puntualmente.

No tenía ni idea de cuál sería la prueba hasta que el médico me lo dijo. En ese momento sentí que el suelo desaparecía ante mis pies.

— ¿Va todo bien? — susurró Sarah, apretándome la mano.

— ¿Vamos a ver al bebé? — Aceptó con una sonrisa.

Incapaces de asimilarlo bien, nos dirigieron a otra sala donde tuvo lugar todo el procedimiento. La escena que tenía delante me partía el corazón. Oír los latidos del corazón y el pequeño ser dentro de mi mujer me hacía sentir impotente. Yo había creado a ese pequeño ser y había sido un gilipollas con ella.

Salimos de allí con la primera foto de nuestro hijo y por mucho que Sarah quería quitarme la foto de la mano y dejarla en la carpeta, porque tenía que llevarla a la cita con el médico, no se la di, porque quería una en mi cartera.

— Iré con usted el día de la cita y le llevaré la imagen de aquí para que el médico la valore.

Sonrió. Paré el coche en el aparcamiento y antes de bajarme me dijo.

— Estoy listo para decírselo a nuestros padres.

La miré, incapaz de contener mi felicidad.

¿De verdad me merecía todo eso? ¿Después de actuar como un idiota con ella?

— Hablemos y arreglemos nuestras vidas primero. Mañana te avisamos.

Sarah asintió con la cabeza. Juro que vi un brillo diferente en sus ojos. Parecía estar conteniendo las lágrimas, pero antes de que pudiera estar seguro de que era eso, salió del coche.



VEINTE Y DOS

SARAH

Meses después...

Pra la primera vez desde que me casé que visitaba el balcón de mi habitación. Aunque sabía que podía ser un lugar tranquilo para admirar el cielo, nunca me apetecía.

Pero ahora era diferente.

Me sentía diferente.

Sentada en el sillón reclinable con los ojos cerrados, disfrutando de la brisa fresca de un sábado por la noche, me permití reflexionar sobre los últimos acontecimientos de mi vida.

La enfermedad de mi padre. Un matrimonio concertado que estaba destinado al fracaso. Un embarazo inesperado. Situaciones que me hicieron desechar mi matrimonio, pero elegí perdonar. Contarle a nuestra familia lo del bebé. La muerte repentina de mi suegra hace tres meses.

Aunque Dominic y yo estábamos bien, aún no habíamos tenido sexo. No por falta de ganas, sino porque necesitaba tener más confianza en la relación.

Su presencia hizo que se me agitara el corazón, se me revolviera el estómago y se me helaran las manos. Nunca había sentido ese tipo de reacción con nadie. Me gustaba, me ponía una sonrisa tonta en la cara cuando él no estaba cerca.

Decidí poner fin a la espera, porque Dominic había demostrado a lo largo de los meses que era digno de mi amor, así que decidí prepararnos una sorpresa esa noche.

Faltaba una semana para los nueve meses y, por mucho que no quisiera saber el sexo del bebé antes de que naciera, había cambiado de opinión al ver que a mi marido se le iluminaban los ojos cuando entrábamos en una tienda de bebés. Soraya sólo consiguió ahogarme cuando le conté mi decisión de no averiguar si era niño o niña, y por primera vez defendió a Dominic.

El lunes me harían otra ecografía y le pediría al médico que nos dijera el sexo. Pero la sorpresa empezaría esta noche, cuando se tumbara a mi lado para dormir.

— ¡Sarah! ¿Sarah?

Abrí los ojos rápidamente al oír la voz de mi hermana. Hacía dos meses que no la veía porque mis padres habían viajado para terminar el tratamiento de mi padre en otra ciudad y no querían viajar cada dos días.

Se me salió el corazón del pecho, me levanté de la silla y fui al dormitorio, donde encontré a Lana. Cuando me vio, corrió hacia mí y me abrazó. No pude contener las lágrimas y lloré de

emoción al verla de nuevo.

— ¿Cómo está ese bebé? — me preguntó besándome la barriga.

No pude responder, porque lo único que podía hacer era llorar.

Dominic entró en la habitación gritando el nombre de mi hermana. Levanté la cabeza para mirarle y la expresión de preocupación de su rostro me arrancó una sonrisa.

— ¿Se encuentra bien?

Me limité a asentir con la cabeza.

— Quería decirte que había recogido a Lana para pasar aquí el fin de semana, pero fue más rápida que yo. Sonrió a mi hermana.

— Oye, Sarah... tienes una gran barriga. Parece que te hayas comido una sandía.

El comentario de mi hermana nos hizo reír. Me agaché para abrazarla más fuerte y observar su carita. Lady entró en la habitación ladrando, apartando a Lana de mí mientras corría a jugar con el cachorro.

— ¿Dónde estabas, eh, niña traviesa?

Lana salió de la habitación con el animal en el regazo y Dominic se acercó a mí. Antes de que pudiera secarme las lágrimas de la cara, él lo hizo.

— Sé que hemos pasado por muchas cosas en los últimos meses, y que has echado de menos a tu familia, así que he pensado en darte una sorpresa.

— Gracias. — sonreí sinceramente y le sorprendí poniéndome de puntillas y besándole en los labios.

Ese fue el primer beso desde el día que tuvimos sexo.

Esa vez, quería que cada gesto de afecto y lujuria fuera con él sobrio.

Mientras me alejaba, vi que Dominic seguía con los ojos cerrados y cuando los abrió, pude sentir que toda la espera durante el tiempo que estuvieron juntos había valido la pena.

Su mano se hundió en el pelo de mi nuca e inclinó la cara hacia mí.

Siempre me esperaba.

Sabía que el día que cediera, él tendría vía libre para amarme. Cerré los ojos cuando sus suaves labios rozaron los míos y me derretí cuando su lengua pidió espacio para entrar y tocar la mía.

El beso tranquilo, explorando cada rincón de mi boca, terminó de encender la llama en mi cuerpo.

Estaba segura de mi amor por él, pero preferí ser cauta, aunque mi deseo de ser tocada por aquel hombre era enorme. Por un momento, me olvidé de mi hermana y me entregué al beso. La otra mano de Dominic tocó mi espalda y atrajo mi cuerpo hacia el suyo. Incluso con mi vientre manteniéndonos separados, podía sentir el cosquilleo de mi cuerpo y el fluido mojando mis bragas.

— ¡Sangre!

La voz de Lana rompió nuestro momento, lo que en cierto modo fue bueno, porque necesitábamos parar.

Sangre. Entró con los ojos muy abiertos, señalando en mi dirección.

Cuando miré hacia abajo y vi gotas de sangre en el suelo junto a mi pie, me desesperé. Di un paso atrás y el flujo aumentó.

¡Mi bebé! Llorando de desesperación, me enfrenté a Dominic, que estaba en estado de shock.

— Siéntate un rato y espérame.

Desapareció de mi vista y, con Lana a mi lado cogiéndome de la mano, espe—ré a que volviera mi marido.

Te pondrás bien, ¿verdad? Mi hermana tenía una voz llorosa.

— Lo haré, amor. Sólo es un susto. — Respondí con una calma desconocida para mí.

Me temblaba todo el cuerpo mientras esperaba a que volviera mi marido.

¿Por qué tardaba tanto?

Me froté la barriga y me pedí mentalmente que estuviera bien. No podía asustar más a mi hermana. Cuando Dominic entró en la habitación, sentí un gran alivio.

Viene la ambulancia. Tu médico te dijo que te quedaras quieto hasta que llegara con las enfermeras.

Me limité a asentir, haciendo un ejercicio de respiración que me había enseñado el psicólogo para mantener la calma.



VIGÉSIMO TERCERO

Dominic

Días después...

As imágenes de Sarah siendo llevada de urgencia al hospital nunca abandonaron mi mente. Ya estaba en casa con nuestra pequeña Donna, y ambas dormían plácidamente una al lado de la otra, mientras yo las vigilaba, con Lady en mi regazo, por si me necesitaban. Era su primer día en casa.

No creía que fuera posible amar tanto que me doliera el corazón cuando pensaba en algo malo.

Alisé la cabecita de la bola de pelo y seguí mirando a las dos mujeres más importantes de mi vida.

Iban a ser tres, pero mi madre no esperó a que naciera su nieta. Cuando supe que su enfermedad empeoraba, me pidió que nunca me entristeciera por su partida, porque tenía que darle mucha alegría a la mujer que fue capaz de quererme, aunque yo fuera un imbécil. También me recordó que mi trabajo consistía en criar a un hijo y que ella estaría muy contenta de saber que yo había hecho bien mi parte.

Y le prometí que haría todo lo posible por mi familia, no sólo porque él me lo pidiera, sino porque los quería con locura.

Sonreí ligeramente al ver que Donna se removía en la cama. Con cuidado, me levanté del sillón y coloqué a Lady a los pies de la cama, luego me acerqué a mi hija y la levanté.

Si pudiera, la cuidaría las veinticuatro horas del día, pero Sarah me mataría y yo estaba dispuesto a vivir con ellos y con nuestra bola de pelo durante mucho tiempo.

Volví a sentarme en el sillón, sin dejar de mirar la carita de Donna.

¿Cómo era posible que un ser tan pequeño pudiera estar ya a cargo de la vida de un adulto?

Tu madre quería que durmieras en tu habitación, pero yo no te dejé. Le susurré. Le pedí que esperara a que crecieras un poco, y utilicé la excusa de que sería más cómodo para ella que estuvieras aquí. Pero la verdad, hija, es que no quiero que estés lejos de mí.

Sonreí cuando abrió los ojos y me miró.

— Es papá, amor. Siento si te he despertado, llevábamos mucho tiempo sin vernos y no he podido resistirme a levantarte.

Nunca había visto una foto de Sarah de bebé, pero habría jurado que Donna era una copia de mi mujer.

— Te pareces tanto a tu mamá. — Le toqué la naricita.

— Tiene tus ojos.

Desvié la mirada de Donna hacia Sarah, en cuyo rostro estaba presente la sonrisa que siempre me había fascinado.

— ¿Estás bien? ¿Quieres que llame a la enfermera?

— Estoy bien. Siéntate aquí con ella.

— Luchó por levantarse, haciéndome apresurar con Donna en mi regazo.

— Espera y te ayudaré.

— Está bien, amor. Sólo un poco dolorida, pero pasará pronto.

Ayudé a mi mujer a acostarse y me senté a su lado para admirar a nuestro bebé. Una lágrima rodó por mi mejilla y goteó sobre la bata de Donna.

Eh, ¿qué pasa? Sarah me sujetó la cara y me obligó a mirarla.

— Sé que no lo merezco, pero gracias por darme la oportunidad de demostrarte mi amor.

A Sarah se le humedecieron los ojos. Permaneció callada unos segundos, hasta que rompió el silencio.

— ¿Estás diciendo que me quieres?

Sí, me has poseído durante mucho tiempo. Te quiero, Sarah, y quiero a nuestra hija más que a nada en esta vida, ah, y por supuesto no puede faltar nuestra bola de pelo.

Se rió.

Aunque me resistí a esa mujer durante mucho tiempo, estaba muy agradecido a mi padre por obligarme a casarme, para poder conocer a los amores de mi vida. Quizá si eso no hubiera ocurrido, seguiría siendo un gilipollas con otras personas.



SARAH

Dos meses después...

FCerré los ojos mientras la boca de Dominic se deslizaba por mi cuello, besándome y mordisqueándome. No creí que nuestro matrimonio tuviera que pasar por semejante prueba de paciencia.

Justo cuando estaba haciendo planes para volver a la cama con él, me llevaron de urgencia al hospital para dar a luz a nuestra niña. Donna nació, asustando a todo el mundo, pero también haciendo suspirar de amor a todo el mundo, especialmente a su padre. Ver a Dominic babeando por su hija todos los días era uno de mis pasatiempos favoritos.

Planeamos un viaje digno de una auténtica luna de miel, pero estamos esperando a que nuestra bebé cumpla seis meses para poder dejarla con mis padres. Esos meses de encierro nos sirvieron para estrechar lazos y conocernos mejor. Dominic me prometió que mis planes de recién licenciada saldrían bien y que se empeñaría en viajar por el mundo conmigo en familia.

El nacimiento de Donna fue como un renacimiento para todos. Esa misma semana, mi padre recibió la noticia de que su cáncer se había curado, y mi suegro volvió a sonreír, aunque echaba de menos a su mujer.

— Espero que Donna no se despierte todavía — comenté, desviando la mirada hacia la cámara de la mesilla de noche.

Esa noche, la habíamos metido en su habitación por primera vez para poder disfrutar de nuestro momento íntimo.

— No pasa nada si se despierta. Tendré toda la vida para disfrutar de ti. — Me tumbo en la cama boca abajo — Cuando nos conocimos, no sabía darle a una mujer la atención que se merece. Hoy, quiero que pienses en ella como si fuera tu primera vez, porque voy a amarte hasta el final.

Con una sonrisa tonta en los labios, me entregué a ese momento. Me dejé querer por Dominic. Dejé que creara nuevos recuerdos con el sexo que tendríamos.

En cierto modo sería como la primera vez, porque en toda mi vida sólo había tenido sexo dos veces, y todas ellas con el hombre que tenía delante. En ambas ocasiones, el alcohol estuvo presente en el acto, pero no esta vez.

Esa vez sería algo puro. Con sentimientos reales.

Cerré los ojos mientras su lengua subía por mi barbilla y entraba en mi boca.

— Voy a chupártela esta noche, pero antes necesito sentir cómo aprietas mi polla.

— Por favor, hazlo pronto. — La espera era demasiado larga para los juegos preliminares.

Sonrió con picardía y me besó la comisura de los labios.

— Intentaré tomármelo con calma.

Asentí con la cabeza. Sabía que mis hormonas estaban revueltas, al fin y al cabo hacía casi nueve meses que había tenido un hijo y ahora hacía dos que había nacido.

La mano de Dominic se deslizó entre mis piernas y frotó lentamente mi clítoris, antes de deslizar lentamente un dedo dentro. Por más que deseaba desesperadamente tener sexo con él, me sentía seca. La doctora me había explicado que esto podía suceder, y por eso habíamos comprado un lubricante por recomendación suya.

Dominic retiró el dedo, despegó su cuerpo del mío y comenzó una estela de besos por mi cuerpo. Pasando por mis pechos, chupando cada pezón hasta volverme loca, deslizó su lengua por mi vientre hasta llegar a mi zona íntima.

Ignoró mi petición.

Quería sentir enseguida aquella maravillosa polla dentro de mí, pero esperé sus movimientos mientras gemidos salían de mi boca.

Su cálida y suave lengua me acarició el clítoris, volviéndome completamente loca. Me agarré con fuerza a las sábanas y me retorcí ante el maravilloso contacto. Me provocaba de tal manera que lo único que podía hacer era gemir. Chupó con avidez mi punto de placer hasta que su lengua descendió hasta la entrada de mi coño.

Estaba a punto de explotar.

Sus dedos volvieron a llenar mi canal.

Incapaz de contenerme, agarré con fuerza su pelo y gemí con fuerza, rendida al placer que se había apoderado de mí.

— ¡Ahhh! Dom. Te quiero dentro de mí.

El hombre se dio la vuelta y me sonrió. Por supuesto, sabía que estaba loca. Mi cuerpo empezó a temblar y no pude controlarme.

Dio un paso atrás y cogió la botella de producto, echándose un poco en la polla. Viéndole acariciar aquel maravilloso miembro se me hizo la boca agua. Cuando se la chupé por primera vez, no tenía experiencia, pero estaba dispuesta a practicar todos los días hasta convertirme en una experta.

— Seguro que no necesitamos lubricante, pero para no hacerte daño, prefiero usarlo. Entonces lo haremos sin.

Me guiñó un ojo y se tumbó encima de mí, apoyando el peso de su cuerpo en los brazos.

— Voy a penetrarte ahora, si te sientes incómoda quiero que me lo hagas saber.

Admirando a ese hermoso hombre, solo asentí con una sonrisa en mis labios. Me invadió centímetro a centímetro y mi pecho explotó de amor, cerré los ojos para poder sentir cada maravillosa sensación mientras él comenzaba a moverse lentamente.

El pequeño inconveniente no era nada comparado con mi amor y mi deseo por él. Abrí los ojos y me quedé mirándole a la cara con los ojos cerrados, rendida al momento.

— Te quiero, Dom.

Abrió los ojos rápidamente y dejó de moverse.

— Repite lo que has dicho.

— Te quiero — volví a decir, levantando la mano y tocándole la cara. — Te quiero.

Sonrió y me besó los labios con fuerza.

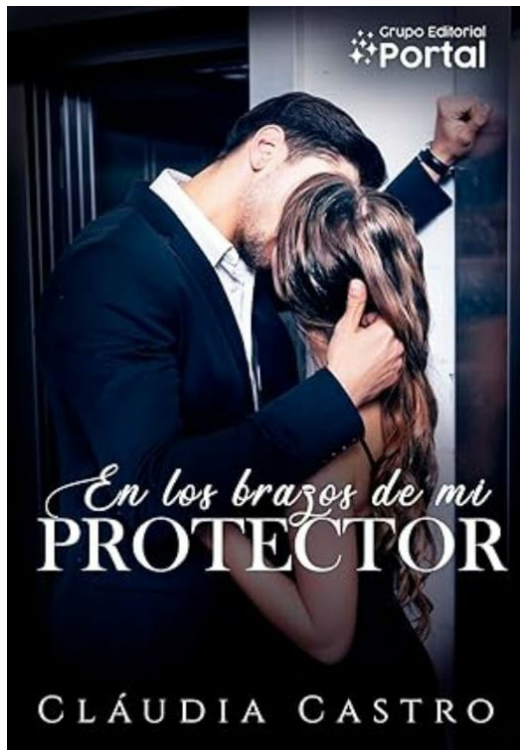
— Te quiero, Sarah.

— Volvió a besarme y se movió en un delicioso y enloquecedor vaivén.

Estaba rendida y dispuesta a vivir ese amor, segura de que esta vez no me había creado expectativas por mi cuenta, porque cada día estaba segura de que había tomado la decisión correcta.

Fue un matrimonio concertado, pero por amor todo se hizo realidad.

LEER TAMBIÉN:



En los Brazos de mi Protector

Enlace: <https://amzn.eu/d/2PZjrOl>

Sinopsis:

Fabrizio Flauzi es el único heredero de una de las mayores haciendas del país, pero hasta que pueda hacerse cargo del imperio, persigue su sueño en la policía civil.

Hermoso y misterioso, el agente de narcóticos cometió uno de los mayores errores de su carrera, al creer sólo en las pruebas. Seguro de estar resolviendo un crimen, acabó llevando a una familia a la ruina.

Mariana Vaz es una ingenua joven de dieciocho años con una belleza única. La chica, decidida y torpe, sólo tiene un objetivo en la vida: demostrar la inocencia de su padre y hacer que el diputado pague por la injusticia cometida. Sospechando quién puede ser el culpable del crimen, inicia una investigación en solitario, convirtiéndose en el objetivo de la mayor red de corrupción, contrabando y explotación sexual del país.

Encuentros insólitos ponen a los dos frente a frente, provocando emociones incontrolables. Sin conocer la verdadera identidad del otro, acaban vencidos por la fuerza del deseo y se entregan a una inolvidable noche de amor, en la que la chica pierde la virginidad con su mayor enemigo.

El romance se ve condenado cuando ella descubre a la mañana siguiente quién es Fabrizio.

El amor será puesto a prueba en esta historia de mentiras, sexo, crímenes e investigaciones.
Descubre los peligros de escuchar a tu corazón.

La Secretaría del CEO

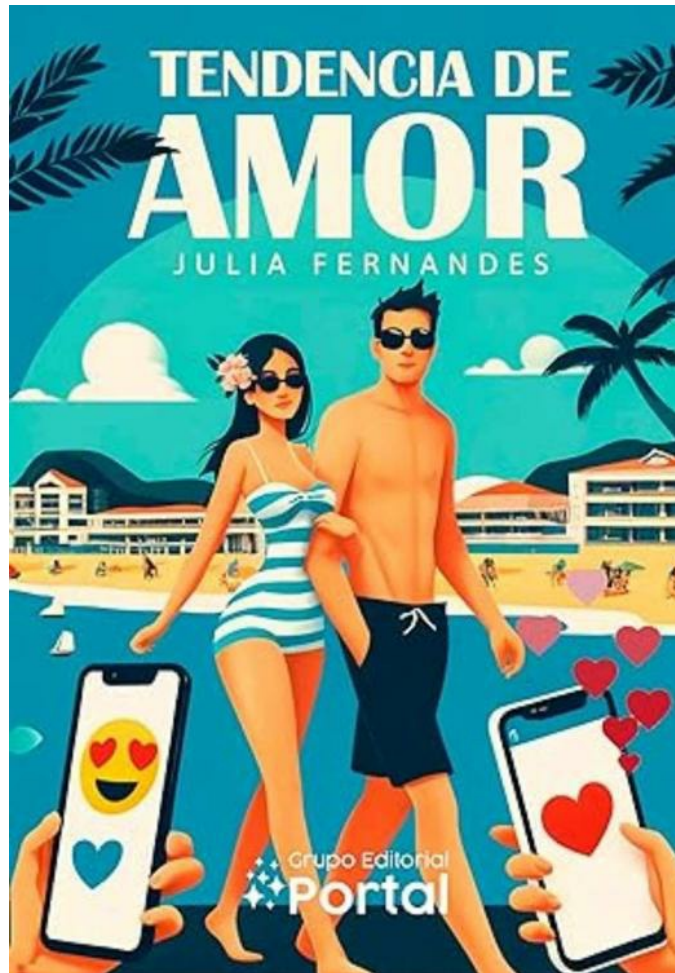


Enlace: <https://amzn.eu/d/eJ3pomR>

Sinopsis:

Diana Williams es una mujer equilibrada que ha trabajado duro para convertirse en la secretaria personal del director general Felipe Corppin. Todo está a punto de cambiar cuando el Sr. Felipe abandona la empresa y su hijo se hace cargo de ella. Es uno de los mayores magnates, un hombre apuesto y extremadamente sexy. Maycon Corppin también es orgulloso y decidido en lo que quiere, tiene a la mujer que desea y cuando surge un problema, lo resuelve con sexo.

Tendencia de Amor



Enlace: <https://amzn.eu/d/aJA4Kc9>

Sinopsis:

Director financiero y heredero de la mayor cadena hotelera del país, Anthony Mourão buscaba un nuevo comienzo haciéndose cargo del negocio de su padre, al tiempo que intentaba olvidar la traición sufrida en el pasado.

Administradora cuyo trabajo es admirado por su jefe, la vida de Milena García se ve alterada cuando acepta regresar al pueblo donde creció para competir por un puesto directivo en el mejor hotel de la cadena Mourão.

Aunque estaba estresada por la mudanza, cuando miró a otro coche en el tráfico, quedó encantada por el atractivo conductor que tenía al lado. Con un rostro bien diseñado y brazos fuertes, parecía un dios, pero lo que más le llamó la atención fue el tatuaje de su mano.

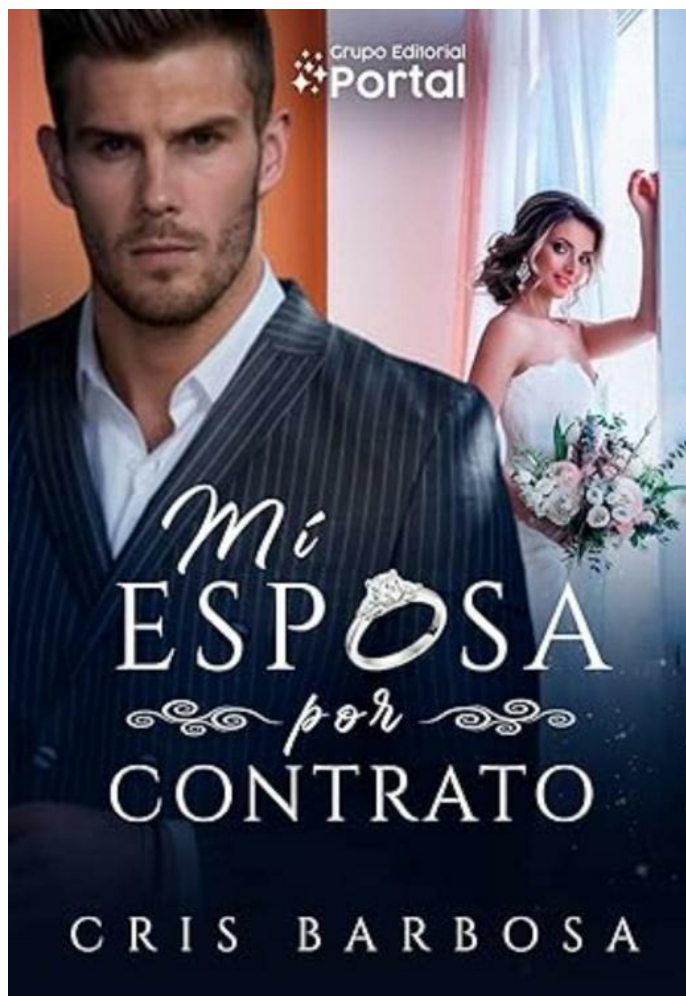
Para pasar el rato, grabó un vídeo del guaperas y utilizó una tendencia de Internet:

"Al tío bueno que conocí en el tráfico y al que nunca podré lamer".

¡Ya está! Alerta de confusión.

Lo que ella no sabía es que no se trataba de ningún desconocido y que cuando le diera la mano al hijo del jefe, con el que tendría que competir por un puesto de trabajo, reconocería el tatuaje del cachondo del tráfico. Sin embargo, lo peor estaba por llegar, el vídeo que grabó se hizo viral, Anthony se enteró y entre peleas y todo lo demás, Milena aún tendría que lidiar con la vergüenza de haber escrito que quería lamer a su competidor y controlar las ganas de hacer realmente lo que escribió.

Mi Esposa por Contrato



Enlace: <https://amzn.eu/d/cp9vLRJ>

Sinopsis:

A la muerte de su padre, el playboy y soltero empedernido Theodoro Tavares Assumpção, descubrió que había recibido un testamento en el que se decía que sólo podría tomar posesión de lo que le correspondía si se casaba en el plazo de tres meses; de lo contrario, todo sería donado a la beneficencia.

Natália Alves Viera siempre había soñado con casarse con su novio, con el que llevaba seis años. Sin embargo, en vísperas de la boda, lo sorprendió en la cama con su mejor amiga, lo que provocó un gran trauma en la relación, ella puso fin a todo y empezó a albergar deseos de venganza en su corazón.

Durante una noche de borrachera en un pub, ambos, que no querían involucrarse con nadie, se conocieron y decidieron contraer un matrimonio de conveniencia para alcanzar sus objetivos.

Todo parecía perfecto, si no fuera por los sentimientos y la fuerte atracción que empezó a surgir entre ellos.

Social Network (dall'editore)

Site da Editora: <https://grupoeditorialportal.com.br/>

Instagram: <https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/>

Facebook: <https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/>

Shopee: <https://shopee.com.br/grupoeditorialportal>

